BIBLIOTECA DRAMÁTICA ARGENTINA VI.

VICENTE MARTÍNEZ CUITIÑO

EL DERRUMBE



1911

uenos Aires

Imprenta "ATHENAS"

Sarmiento 825

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Rapsodias paganas, (agotado).

El único gesto, drama en tres actos.

Rayito de sol, drama en un acto (agotado).

Los tiranos, comedia en tres actos.

Notas teatrales, comedia en un acto.

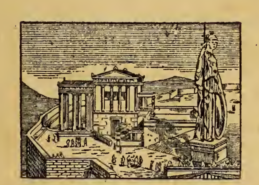
Mate dulce, drama en tres actos.

"El Derrumbe", se estrenó el 1º de Febrero de 1909 en el Teatro Argentino.

VICENTE MARTÍNEZ CUITIÑO

EL DERRUMBE

Comedia dramática en tres actos



"ATHENAS"

1911

EMILIO MENÉNDEZ, Editor.

Buenos Aires, Calle Sarmiento 825

PERSONAJES

DANIEL (abogado). . .	32	años	Sr.	Ducasse
PAULINA.	30	"		Errecalde
AURORA.	22	"		María Casullo
SARA.	25	"	Sra.	Mancini
MANOLO.	17	"	"	Pandre
LUIS.	24	"	"	Paulis
RAMÓN.	55	"	"	Franco
CONRADO.	25	"	"	Paulis
SANTIAGO.	25	"	"	Quiroga
HÉCTOR.	30	"	"	Bondesio
ERNESTO.	25	"	"	Vitta
ROBERTO (médico). . .	30	"	"	Zucchi

Epoca actual. La acción se desarrolla en Buenos Aires. Derecha é izquierda: las del espectador.

Acto Primero

La escena representa una sala de estudio con puertas practicables al foro, izquierda y derecha. Una biblioteca en el rincón de la derecha; al lado una estantería con libros. Hacia la izquierda, un escritorio sobre el cual hay libros y papeles en desorden, los útiles generales y un pequeño sátiro de bronce. Una "chaisse-longue"; divanes, muebles, etc. Algunas telas pintadas penderán de las paredes. Luz eléctrica.

Al levantarse el telón, Manolo, duerme echado sobre la "chaisse-longue". Son las dos de la mañana. La sala está á obscuras.

ESCENA PRIMERA

Entran por el foro, DANIEL y HÉCTOR, arrebujados en sus gabanes. Fuman cigarros de hoja.

DANIEL—(Ilumina la sala con un fósforo, va al lado de la biblioteca y abre la llave de la luz eléctrica. La sala se ilumina) Fijate. Manolo está dormido.

HÉCTOR—¡Pobre! Habrá trabajado mucho.

DANIEL—¡Qué esperanza! Si es de lo más haragán que he visto. Eso no sería nada... Hace ya cuatro años que lo tengo, y creo que nunca me ha hecho una cosa bien.

HÉCTOR—Dejalo dormir, dejalo.

DANIEL—Sacate el sobretodo (ambos se quitan el gaban.) Ponlo por cualquier parte. (Los colocan sobre una silla.) Ahí están bien. (Se dirije hacia el escritorio; nota el desorden.) Pero... fíjate cómo está ésto! ¡Qué cosa bárbara!

HÉCTOR—(Observando.) Me parece que aquí ha estado alguien.

DANIEL—Pero... fíjate: ¡qué ferocidad! (Llamando) ¡Manolo! (Va hacia él) ¡Manolo! (Lo sacude) ¡Manolo!

MANOLO—(Levantándose) ¿Qué, doctor?

DANIEL—¿Quién ha estado aquí?

MANOLO—¿Eh?...

DANIEL—Que quién ha estado aquí?...

MANOLO—¡Ah! Estuvo el señor Conrado.

DANIEL—¿Vino solo?

MANOLO—No, señor. Venía con una señorita. Lo esperó como una media hora.

DANIEL—¿Con una señorita?...

MANOLO—Sí, señor.

HÉCTOR—¿Y él hizo este bochinche? (Señala el escritorio. Manolo observa.)

DANIEL—Sí. Mira bien, mira... Fíjate nomás...

HÉCTOR—Déjalo hablar, hombre. ¿Quién fué?...

MANOLO—Debe haber sido él porque se peleó con la señorita.

DANIEL—¿Con la señorita?

MANOLO—Sí; con la que venía con él. Una medio delgada...

DANIEL—¿Cómo?... ¿Se peleó con él?...

MANOLO—Sí, señor. Yo estaba en el comedor y acudí á los gritos. Cuando llegué aquí la estaba corriendo alrededor del escritorio... Después la alcanzó y le pegó unas trompadas.

HÉCTOR—¿Trompadas?...

MANOLO—Sí, señor.

DANIEL—¿Y le pegó mucho?

MANOLO—Sí, si la sacó á patadas, doctor.

HÉCTOR—¡Qué bárbaro!

DANIEL—¡Qué bestia! ¿Y qué muchacha era?...

MANOLO—Yo no sé. Nunca la he visto aquí.

HÉCTOR—Yo sé que él anda con una que le dicen la "chimichurri"... la "chimichurra.".. no sé..

DANIEL—¡La compadezco á la pobrecita!...

HÉCTOR—Conrado es un animal para tratar á las mujeres. ¡Siempre el mismo!

DANIEL—Bueno, Manolo, arregla eso. ¿Qué quieres tomar, ché Héctor?... (Manolo empieza á arreglar.)

HÉCTOR—Y... tomaremos té ó café... ¡Cualquier cosa!...

DANIEL—(Acostándose en la chaisse-longue) Siéntate, hombre, siéntate. (Héctor se sienta en un diván en displicente manera.) Es bueno el cigarro... ¿eh?

HÉCTOR—Me gustan más los otros.

DANIEL—¡Ah!... pero aquellos valían cinco pesos...

HÉCTOR—A pesar de todo lo que decía Domínguez.

DANIEL—Sí, sí. (Pausa) Va á venir Roberto ¿nó?

HÉCTOR—No sé con seguridad.

DANIEL—¿Y en dónde lo viste?

HÉCTOR—En su casa. Estuve cerca de una hora con él.

DANIEL—¡Qué milagro!

HÉCTOR—No. Estaba trabajando y no quise quedarme más tiempo. Escribía...

DANIEL—¿Trabaja mucho, nó?

HÉCTOR—Trabaja como un animal. ¡Qué fuerza de voluntad tiene ese loco!

DANIEL—¿De veras, eh?...

HÉCTOR—¡Qué cosa!... Sin embargo, por ahí dicen... ¡lo que es el mundo!... que es un simulador, que no estudia nada, que se pone á trabajar cuando llega algún amigo, que... ¡qué se yo!... ¡la mar de cosas!...

DANIEL—Yo no sé. La cuestión es que él como médico atiende su consultorio, atiende sus clases, atiende su empleo en el hospital y todavía le sobra tiempo para escribir libros y para pasear, para ir al teatro, á conferencias...

HÉCTOR—¡Escribe libros! Pero falta saber qué clase de libros escribe!... ¡Esa es la cuestión! ¡Libros escribe cualquiera!...

DANIEL—¡No seas así, hombre! Son libros bien considerados por todo el mundo científico.

HÉCTOR—Don Agustín se ríe mucho de los libros de Roberto. ¿No habla de Roberto sino para criticarlo!...

DANIEL—Mejor sería que don Agustín los hiciera ó que se riese de sus libros en eterno proyecto...

HÉCTOR—Hombre, es cierto. Yo creo que tienes razón. A Roberto le tienen mucha envidia, en general, y no saben como despellejarlo por ahí... Como pasa y pasará siempre!...

MANOLO—(Mostrando á Daniel unos cuantos libros) ¿Estos libros los pongo en la biblioteca?

DANIEL—¿Son los de psicología?

MANOLO—Sí, señor. Son los que usted trajo ayer.

DANIEL—No. Déjamelos sobre la mesa de luz. ¿Mañana es día de clase?...

MANOLO—Sí, doctor.

DANIEL—Bueno. Los pones allí. (Manolo se dirije hacia la izquierda) ¡Ah! (Manolo se detiene) Llévame también ese número de los Archivos que estaba sobre el escritorio. (Manolo lo busca.)

HÉCTOR—Me gusta mucho. Pero no vayas á creer por lo que acabo de decir que me he dedicado de lleno á la psiquiatría... He leído mucho...

HÉCTOR—¿Por qué no? ¿Y qué tiene? ¿Acaso no te puedes dedicar?...

DANIEL—No... Es para leer un artículo de Sergi sobre la conciencia. (Manolo va hacia la izquierda con los libros y una revista).

HÉCTOR—Está bueno.

DANIEL—¡Manolo! (Manolo se detiene) Dile á la negra que prepare té y café.

MANOLO—Está bien, doctor. (Mutis Manolo por la izquierda. Pausa.)

ESCENA II

DANIEL y HÉCTOR

HÉCTOR—Ché: ¿tú tienes varias cátedras? ¿no?

DANIEL—No; tengo dos nomás. No debiera tener ninguna según algunos amigos.

HÉCTOR—¡Oh!... ¡Qué vas á hacer caso!...

DANIEL—Con las cátedras y el puesto del Ministerio se puede vivir regularmente.

HÉCTOR—(Sacando el reloj) Ya lo creo. (Observa la hora) No... Este departamento es chico, pero muy lindo.

DANIEL—Si yo tuviera tanto dinero como tú...

HÉCTOR—Tal vez no tuviese una casa tan bien arreglada...

DANIEL—¿Qué hora es?...

HÉCTOR—Las dos... ¿Y Sara, ché?...

DANIEL—Ahora nomás debe venir. Hoy tenía ensayo después de la función. (Suena fuera la bocina de un automóvil) Ahí está... Debe ser ella.

HÉCTOR—¿Y Quina no sabe nada de tu nuevo amor?...

DANIEL—¿Nuevo?... Hace ya seis meses que vivo con ella. Antes de que Quina se fuese á Córdoba yo ya vivía con Sara.

HÉCTOR—¿Pero Quina está todavía en Córdoba?...

DANIEL—Todavía.

HÉCTOR—Se te ha quedado tiempo tu novia ¿eh?...

DANIEL—Es de suponer que ya alguien le haya soplado, á ella y á toda la familia...

HÉCTOR—No...

DANIEL—Tú sabes qué clase de amigos tengo yo.

HÉCTOR—¡Hombre; gracias!

DANIEL—También sabes que no lo digo por tí. ¿Recuerdas el caso del Club?

HÉCTOR—¡Como no!... ¡Y... La sociedad es así!...

DANIEL—De todas maneras mi novia no me preocupa por ahora. Sara será la antítesis de Quina; pero yo á su lado soy feliz. ¡Es tan inteligente, tan amable, y sobre todo tan abnegada!....

HÉCTOR—Es todo un caso, no obstante las sonrisas de Roberto. Bueno... te voy á decir, Roberto porque tal vez... ¡vaya á saber!... Sara no lo puede ni ver. (Aparecen por el foro Roberto y Sara, traje de paseo, con gabán y tapado.)

ESCENA III

DANIEL, HÉCTOR, ROBERTO, SARA

ROBERTO—(Entrando) ¡Mis queridos jóvenes!...
DANIEL—(Levantándose) ¡Mi querido viejo!... Cómo te va? (Se dan la mano.)
SARA—¿Cómo está Héctor? (Saludos, etc.)
ROBERTO—(A Daniel) Bien; ¿y tú?...
DANIEL—Bien. (A Héctor) ¿Qué tal, Héctor?
HÉCTOR—Bien. (Sara se quita el tapado y el sombrero y se dirije hacia la izquierda.)
DANIEL—(A Roberto) Creí que no vendrían ya. (Se sienta.)
ROBERTO—Estaba en el teatro y me demoré un poco con don Agustín. (Deja la galera y el gabán sobre el escritorio.) Y después, Sara y Ernesto me invitaron á venir en el automóvil.
SARA—Es el automóvil de Héctor, doctor.
ROBERTO—¿Ah, sí?... (Mutis Sara por la izquierda.)

ESCENA IV

DANIEL, HÉCTOR, ROBERTO

HÉCTOR—Sí. Se lo llevó Ernesto esta tarde... ¿Con don Agustín, dices?
ROBERTO—Sí, me detuvo para pedirme las obras y me dió una lata.
DANIEL—¡No se las dés á ese viejo imbécil!
ROBERTO—¿Por qué? (Se sienta) Ya le dije que se las iba á mandar.
DANIEL—Porque las tiene. Yo se las he visto en la biblioteca.
ROBERTO—No serían suyas, porque sino... ¿á qué santo me las ha pedido?...
HÉCTOR—Será por la dedicatoria.
ROBERTO—¿Por la dedicatoria, dices?

DANIEL—Seguro. Tal vez para darse corte por ahí...
ROBERTO—Pues está fresco si es por eso. Se las enviaré sin dedicatoria. ¡Hombre! Ahora todo el mundo se dedica á pedir obras con dedicatoria. (Aparece Sara por la izquierda.)

ESCENA V

DICHOS y SARA

SARA—(Entrando) ¿Ernesto y Aurora no han subido aún?... (Se dirije hacia el foro. Mutis Sara por el foro.)

ESCENA VI

DANIEL, HÉCTOR y ROBERTO

DANIEL—¿Qué Aurora es esa?
ROBERTO—Es una aurora de carne; una morochita muy simpática... un poco melancólica parece...
HÉCTOR—¡Ah! Pero si es la "chimichurri", hombre!
DANIEL—¿Cuál? ¿Esa de Conrado?
SARA—(Sin que se vea de la escena) ¡Suban, pues!
HÉCTOR—Sí. La que recibió la paliza alrededor del escritorio.
ROBERTO—¡Ah! ¡Sería por eso!...
DANIEL—¿Qué?... ¿Le pasaba algo?...
ROBERTO—No... Cuando subí al automóvil me pareció que venía un poco llorosa... ¿Ha recibido una paliza, dicen?
DANIEL—No... ¡pobre! Paliza nó... unas trompadas.
HÉCTOR—También Conrado es un animal!... ¡Qué bárbaro!...
ROBERTO—¿Quién es Conrado!... (Aparecen por el foro Sara, Ernesto—en traje de paseo, con abrigo—y Aurora, vestida en carácter de damisela.)

ESCENA VII

DICHOS, SARA, ERNESTO y AURORA

SARA—(Entrando) ¡Adelante, adelante!

ERNESTO—Buenas. ¿Ustedes no la conocen? (Señala á Aurora.)

HÉCTOR—No tenemos el gusto.

ERNESTO—La señorita Aurora, alias la "chimichurri"... El doctor Daniel Giménez...

DANIEL—(Saluda) Mucho gusto. (Aurora saluda.)

ERNESTO—El señor Héctor...

SARA—Bueno, hombre. Déjese de tanta ceremonia. (Ernesto se sienta.)

ERNESTO—Siéntate, Aurora. No tengas vergüenza. Todos estos son buenos muchachos. (Aurora se sienta.)

SARA—También el animal ese...

ROBERTO—¿Quién es el animal ese?...

DANIEL—Conrado.

SARA—Conrado. ¡Parece mentira que haya hombres así!...

ERNESTO—Es que yo se la quité. A estas horas debe andar como un desesperado buscándola por todas partes.

HÉCTOR—¿Para qué?... (Sara se va hacia la izquierda después de sacar los gabanes de las sillas, se dirije hacia el escritorio, saca los de Roberto.)

ERNESTO—¡Figúrense para qué!

DANIEL—¿Le pegó mucho? ¿Es cierto que siempre la maltrata?

AURORA—Es un bruto. (Mutis Sara por la izquierda. Lleva todos los abrigos.)

ESCENA VIII

DANIEL, HÉCTOR, ROBERTO, ERNESTO y AURORA

ROBERTO—(A Aurora) ¿Y usted, por qué no le contesta en la misma forma. Me parece lo más lógico. Péguele usted también y se arreglan...

ERNESTO—Y qué va á hacer la pobre, sino soportar!

AURORA—(A Roberto) Mire, doctor: Más de una vez he estado con deseos de matarlo.

DANIEL—(Riendo) ¡Matarlo! ¡No! ¡Eso sería una barbaridad!

HÉCTOR—Es claro... Pero ella lo dice exagerando. .

ROBERTO—Sí. Es claro. Usted, según estos caballeros debe dejarse matar á palos sin protestar.

AURORA—¡Y que voy á hacer, doctor! ¡Creo que lo mejor es resignarse!

ROBERTO—Vengarse... defenderse... Cuando esté durmiendo, por ejemplo, se venga...

HÉCTOR—(Riendo) No le haga caso. Mire que este dice eso por embromar.

DANIEL—Sí, sí, no le haga caso. Diga: ¿y usted lo quiere?...

HÉCTOR—¡Hombre! ¡la pregunta! Ponte en su caso y verías qué clase de amor es ese...

ROBERTO—Y entonces... ¿Por qué no lo deja!... ¡Déjelo y... amén!

ERNESTO—Pero... ¡qué le están dando consejos si es una tigra? Al pobre viejo Pancho lo esplotó, lo fundió y...

DANIEL—¡¡¡Ah!!! ¿Pero usted es la que andaba con el viejo Pancho? ¿Anduvo mucho tiempo con él?...

AURORA—Sí. Anduve bastante con él!...

DANIEL—¿Y lo fundió usted?... ¿Es cierto?...

ROBERTO—¡Bien hecho! ¡Así terminan muchos!

AURORA—No. ¡Fundirse se habrá fundido él!... Pero Ernesto no dice que el viejo Pancho me sedujo, me deshonró y gozó á costillas de mi desgracia.

DANIEL—Está bueno. Es así nomás. ¡Gozan sobre la desgracia!

AURORA—Y todavía tiene la desfachatez de escribirme cartas... implorándome amor.

ERNESTO—¡Y anda como un atorrante el viejo! (Riéndose) ¿No te remuerde la conciencia?

AURORA—¿Y él no me arrastró á esta vida miserable?....

ERNESTO—Déjate de embromar, si nunca te las has visto mejor. ¿Qué más querés que vivir y no hacer nada?...

AURORA—¡Qué se embrome por canalla (Hacia Roberto) Dígame, doctor, ¿no es un canalla un individuo que valiéndose de mi ignorancia y de la ignorancia de mi pobre padre, nos hizo creer que yo me había casado con él?...

ROBERTO—¡Qué bárbaro!...

DANIEL—¡Qué audaz! ¿Y después?... ¿qué pasó?...

ERNESTO—(Levantándose) Bueno, no la hagan hablar tanto! Vamos á llevarla á tocar la guitarra, mejor.

DANIEL—¿Toca la guitarra?...

ERNESTO—¡Y cómo no!... (Macanudamente!

AURORA—Sí; toco un poco. No tan bien como dice Ernesto.

ERNESTO—¡Qué poco ni qué poco! Toca muy bien; pero muy bien.

ROBERTO—¿Tangos toca?

AURORA—No señor.

HÉCTOR—¡Qué milagro! ¡No sabe ningún tango?

AURORA—Podría haber aprendido; pero... no me gusta tocar... y, además...

ERNESTO—Pero... si toca óperas... ¿No les digo que es una muchacha muy inteligente?...

AURORA—Gracias.

Roberto—¿Operas?... ¿Toca por música?...

ERNESTO—Sí, sí, por música. ¿Pero no les digo que es muy inteligente?... Le hace cartas á todas las colegas conocidas.

ROBERTO—¡Está bueno! (Ernesto se levanta.)

DANIEL—Bueno; llévala á tocar la guitarra. Nosotros vamos en seguida.

ERNESTO—¿En dónde está la guitarra? (Aurora se levanta.)

DANIEL—Yo no sé; pero me parece que debe estar en el comedor. Pregúntale á Sara. Ella sabe. Va á tener que templarla.

ERNESTO—Sí, sí. Eso lo hace en un minuto. Vamos Aurora.
AURORA—Vamos. Con permiso. (Se dirijen hacia la izquierda.)
HÉCTOR—Usted lo tiene.
DANIEL—Vaya, vaya nomás. (Héctor, Daniel y Roberto siguen á Aurora con la mirada. Mutis Ernesto y Aurora por la izquierda. Pausa.)

ESCENA IX

DANIEL, HÉCTOR, ROBERTO

HÉCTOR—¡Parece una ingénua esta muchacha!
ROBERTO—Sí, sí; por lo menos hace muy bien el papel, como la mayor parte de las mujeres.
DANIEL—Son las maestras de la simulación, dice un autor.
ROBERTO—Y tiene mucha razón. Es admirable la frase!...
HÉCTOR—No, eso... hasta por ahí nomás... No me parece que se pueda afirmar tan absolutamente ese principio...
DANIEL—Sí, señor. Tiene mucha razón el autor. La mujer se ve obligada á simular para triunfar en la lucha por la vida. Si no fuese tan astuta, tan sutil, ella que está encadenada por el convencionalismo social á todos los prejicios, tendría siempre por delante un panorama sombrío...
HÉCTOR—Son locuras todas esas cosas. Ahora está en moda la palabra esa... "simulación"... y eso es lo que hay; nada más... Según tú... (Señala á Daniel) todo el mundo simula... No; y eso no puede ser... Es exagerar me parece...
ROBERTO—Me parece que estás equivocado, Héctor. Tú te expresas mal. No es que la simulación, la palabra simulación, esté de moda. La moda siempre ha sido simulación. Se simula en todas partes y bajo todos los aspectos de la lucha humana. Se simula

en religión, en política, en ciencia, en arte. Pero... ¡si es una cosa tan natural! Casi, casi, se podría decir que adaptar las cualidades personales á las condiciones de la lucha por la vida, es simular; porque la simulación es uno de los medios más comunes, cuando no más eficaces, de adaptación al ambiente social. El que mejor simula las aptitudes favorables al ambiente se adaptará mejor... y triunfará mas fácilmente... Y el que carece de aptitudes y de condiciones para simularlas será vencido, derrotado...

DANIEL—Es claro. Muy lógico, muy lógico.

HÉCTOR—¿Pero siempre, siempre?...

DANIEL—A no ser esas personalidades tan enérgicas y tan poderosas que no tienen necesidad de adaptarse para la consecución de sus propósitos fundamentales. Y así mismo... puestos en circunstancias ajenas á esos propósitos, simularán también... La sociabilidad es uno de los vehículos más tenaces de la simulación... Y la mujer es uno de sus instrumentos predilectos.

HÉCTOR—Puede ser, puede ser... pero no me parece.

DANIEL—Pero ¡como nó, Héctor!...

ROBERTO—Mira, óyeme un momento: Las mujeres... ¿por qué se ponen polvos, pinturas, pelucas, rellenos?.... No te quepa la menor duda: la mujer es la maestra de la simulación. Muchas veces llora desconsoladamente y ríe, y se pone alegre y triste y enojada y... no es nada más que simulación. (Entra Sara por la izquierda.)

ESCENA X

DICHOS Y SARA

ROBERTO—Y si tú, Héctor, quieres la comprobación de lo que te acabo de decir, pregúntale algo á Sara.

DANIEL—Pero... Si es clarísimo, hombre!

ROBERTO—Sara debe saber mucho al respecto.

SARA—(Sentándose) ¿Qué?... De qué se trata?...
HÉCTOR—De la simulación. Locuras... de éstos...
SARA—¡Ah! Es un buen tema... ¿Y qué me dice?...
HÉCTOR—Aquí dicen estos que la mujer es la madre de la simulación.
SARA—¿Y quién dice eso?...
DANIEL—Yo y Roberto. Héctor cree que no, que son "macanas".
SARA—Muchas gracias por la parte que me toca.
ROBERTO—No, no. No me refiero á una mujer; me refiero á todas las mujeres.
DANIEL—Es claro, Sara. No quiere ofenderte. Tú serás una excepción y la excepción confirma la regla...
SARA—No; ¡si ya sé... Bueno...
HÉCTOR—Yo creo sencillamente que es una barbaridad...
SARA—Bueno. Yo creo que sí.
ROBERTO—¿Qué es una barbaridad?...
SARA—No, no. Que es una verdad; que es una gran verdad.
DANIEL—Es claro... Esta conoce bien á las mujeres...
SARA—Bueno... miren... les voy á decir una cosa... yo creo que no soy como todas las mujeres. Yo... me casé á los diez y siete años, y debí ser una gran simple. ¡Sí!... ¡Porque soportar un amor que no se siente!...
HÉCTOR—Y entonces ¿por qué se casó?...
SARA—¡Ahí está, pues! Yo no lo quería; pero... me lo impusieron... y... tuve que aguantar. Indudablemente todo contribuyó... Me educaron en un ambiente lleno de mentira... Yo no sé si por consecuencia de esa educación sentía asco por las cosas más naturales...
HÉCTOR—No entiendo. ¿Qué cosas naturales?...
SARA—Sí, sí... Cosas naturales como el amor, la verdad, decir lo que se piensa, lo que se siente....
HÉCTOR—Eso es una chifladura...
SARA—Sí, sí... Sentía asco hasta por el hombre. ¡Ya ve usted! No es ninguna chifladura.

ROBERTO—¡Está bueno! ¡Y es así nomás! Siga, siga.

SARA—Después... el matrimonio me ilusionó. Sentí la verdadera vida; pero... cuando el hastío empezó á envolverme... (Debe recalcar las palabras.)

ROBERTO—Cosa muy natural también...

SARA—...y advertí que mi marido, después de todo, era un amo, cuando experimenté sus primeras violencias y recibí bofetones y soporté insultos, traté de esconderme bajo la hipocresía y... no sé... pero no pude. Después me rebelé contra ese estado de cosas y fuí sincera, bien sincera. Y esa, nada más que esa, fué la causa de todas mis desgracias y aventuras. No se por qué; pero nunca, nunca, he podido fingir. Me repugna esa simulación de las mujeres, esa farsa eterna... ¡Yo no podría hacer esa farsa!... Creo que me conocerían en los ojos, en la cara, en todo... (Daniel se levanta y se dirije hacia el escritorio.)

DANIEL—(Caminando hacia el escritorio) ¡Si todos pensaran así!...

HÉCTOR—Está bueno. (Aparecen Ernesto y Aurora por la izquierda. Daniel se sienta en el escritorio y empieza á abrir y cerrar cajones, buscando unos papeles. El primer cajón de la izquierda no lo abre.)

ESCENA XI

DICHOS, ERNESTO y AURORA

ERNESTO—(Entrando) Y ustedes no vienen?... ¡Vaya una lata!...

HÉCTOR—(Levantándose) Sí, sí. Vamos á tomar algo caliente. (Se levantan Sara y Roberto).

ERNESTO—Ya está templada la guitarra. Tenía una cuerda rota, pero había en la caja. Vengan, pues.

SARA—Vamos, vamos. (Se dirijen todos hacia la izquierda, menos Daniel que permanece sentado en el escritorio.)

ERNESTO—Ché, Daniel. Vení á oir como toca la guitarra la 'chimichurri".
HÉCTOR—¡La "chimichurri"! (Riéndose) ¡Qué bueno!
ERNESTO—Va á tocar Bohéme (Roberto se dirije hacia donde está Daniel).
HÉCTOR—¿Bohéme?...
AURORA—No me acuerdo bien de la Boheme...
DANIEL—Vayan nomás. Yo voy á buscar unos apuntes.
ERNESTO—Bueno; vamos, vamos. Pasen. (Mutis de Aurora, Héctor y Ernesto por la izquierda.)

ESCENA XII

DANIEL, ROBERTO, SARA

SARA—Ven, Daniel.
DANIEL—Sí, si voy á ir... dos minutos nomás...
SARA—¿Y usted, Roberto?...
ROBERTO—Yo voy inmediatamente con Daniel. Tengo que hablarle dos cosas.
DANIEL—¿A mí?
ROBERTO—Sí. Quiero aprovechahr la oportunidad porque después...
SARA—¿Secretos?...
ROBERTO—No. Si quiere escuchar...
SARA—¡No faltaba más!.... Entonces les mando el té ó el café ó lo que quieran... aquí.
ROBERTO—No, no se incomode.
DANIEL—(Sacando unos papeles de un cajónn No; si ya vamos. (Mutis Sara por la izquierda. Cierra la puerta.)

ESCENA XIII

DANIEL y ROBERTO

DANIEL—(Registrando unos papeles) Estos son unos malditos apuntes que siempre se me olvidan.
ROBERTO—¿Para qué son?...
DANIEL—Para dárselos á los muchachos,

ROBERTO—¡Bueno! Déjate de apuntes por un momento. (Saca dos cigarros habanos é invita con uno á Daniel) Quiero saber si estás dispuesto á escucharme, ante todo.

DANIEL—(Dejando los apuntes) ¡Hombre!... Absolutamente dispuesto. Tú dirás...

ROBERTO—(Enciende el cigarro; le da el fósforo á Daniel) No. Es que tengo que hablarte seriamente.

DANIEL—Y bueno... A tus órdenes. No tienes más que empezar...

ROBERTO—Tú sabes que yo bromeo con todo el mundo ¿nó?...

DANIEL—Sí... que te ríes de todo el mundo...

ROBERTO—Tal vez... Pero que cuando debo vencer una dificultad me empeño tanto, tanto...

DANIEL—Que la vences... Sí, sí, que entonces eres otro hombre...

ROBERTO—Quiero decirte en una palabra...

DANIEL Sí, hombre, sí; déjate de preámbulos, por lo mismo que eres tú... ¿Qué vas á decirme? Vamos á ver...

ROBERTO—Bueno. (Pausa) Es menester que dejes á Sara.

DANIEL—(Con profunda sorpresa) ¡Tú también!...

ROBERTO—También yo; es decir yo, á secas, sin el también...

DANIEL—Tú, Roberto, el más sensato de todos mis amigos, el más sabio,... tú... me vienes á aconsejar, seguramente, en nombre de la disciplina social!

ROBERTO—No; en nombre de la disciplina social, nó. En nombre tuyo...

DANIEL—¿Cómo?...

ROBERTO—Sí... en nombre de tu porvenir. Escúchame, escúchame... (Daniel hace signos de resignación) Mira: Sara será muy hermosa, muy inteligente, tendrá todas las bellas condiciones que tú quieras verle, etcétera, etcétera; pero... Sara vive contigo porque le conviene.

DANIEL—(Con extrañeza) ¿De modo que tú crees que

Sara no me quiere?...

ROBERTO—Eso... no sé... Escúchame... Supongo que no. Lo que casi te puedo asegurar es que á ella le conviene ser tu amante. Un hombre joven como tú, bien conocido, respetado y hasta admirado por todo el mundo, es un encanto para esta clase de señoras... Todo lo que ella gana en renombre... lo pierdes tú en consideración. Me parece que aquí no tiene que ver nada esa disciplina social que invocas.

DANIEL—Pero... si yo me río de todas las consideraciones. Tú sabes cómo he llegado á rodearme de consideraciones, á tener...

ROBERTO—Sí; luchando. Sé todo lo que me vas á decir. Que tú no le debes nada á nadie, que te formaste solo, que te quedaste solo en el mundo sin más amparo que tu espíritu, que padeciste hambre, que para llegar á ser abogado pasaste las de Caín, que sufriste y que, á pesar de todo... llegaste á ocupar un puesto en la sociedad.

DANIEL—Me lo he conquistado. No me lo han regalado por mi bonita cara. Hay por medio una gran lucha.

ROBERTO—Pero no es ese el caso... No es eso...

DANIEL—¿Y entonces?... ¿qué es? Vamos á ver... di: ¿qué es?...

ROBERTO—(Da un carácter reflexivo á sus palabras) Tú, antes trabajabas, estudiabas, producías, vivías una vida noble... Tenías una voluntad inquebrantable... Y ahora... ¿qué haces?... Vamos á ver: ¿qué haces? Es necesario que contemples tu vida presente con un poco de serenidad y de sinceridad, también... ¿Qué haces?... Te has dedicado al ocio, á la disipación, al banquete cuotidiano, vas al Ministerio cuando se te antoja, vas á las clases cuando quieres... En fin... una negligencia degradante.

DANIEL—No... eso no... degradante no.

ROBERTO—Sí, señor, degradante. Y todo por esa loquilla, una simuladora que...

DANIEL—¡Qué va á ser simuladora! ¿Tú crees que no la observo?

ROBERTO—¡Qué la vas á observar, hombre!

DANIEL—Sí, señor. La observo y la he observado. Y he observado que me quiere... ¿Crees tú que yo soy capaz de pescar detalles ó no?...

ROBERTO—¡Cómo no!...

DANIEL— Crees que soy capaz de estudiar un carácter, de inducir un temperamento, de saber si me quiere?

ROBERTO—¡Sí, sí, cómono no!...

DANIEL—Tú sabes que conozco eso ¿nó?... Supongo que lo sabes... Pero... ¡chtsssss!... ¡Qué va á ser simuladora, hombre! Es una mujer sincera, que ha sufrido mucho, nada más!... Y, sobre todo, yo la quiero y basta... Este argumento es lo suficiente para...

ROBERTO—¡No, no y no; no basta! Te quiere por lo que le puedes dar: renombre, renombre, renombre. ¡Hay que saber lo que son estas mujeres!... Además, con tu amor no me justificas la pérdida de tus antiguas aficiones, tus estudios...

DANIEL—¿Y quién te ha dicho que...?

ROBERTO—Y por último...

DANIEL—Pero ¿quién te ha dicho que...?

ROBERTO—Déjame hablar, hombre. Por último: ¿Y Quina? ¿No me decías que la querías tanto?... No me tenías loco con Quina aquí, Quina allá?... ¿No me decías hasta hace pocos meses que era tu ídolo, que te casarías, que la querías apasionadamente...

DANIEL—¡Quina! Poco á poco me va siendo indiferente, le contesto las cartas sin abrirlas... (Señala el primer cajón izquierdo del escritorio) Este cajón está casi lleno de cartas cerradas...

ROBERTO—¿De Quina?...

DANIEL—Sí, de Quina... Y... voy á cortar rápidamente. Trataré de ponerle fin...

ROBERTO—Pero... ¿estás loco, Daniel?...

DANIEL—¿Por qué?...

ROBERTO—Pero... ¿no estabas comprometido?...
DANIEL—¡Y qué me importa?... Se rompe el compromiso y se acabó.
Pero... ¡parece mentira que no tengas carácter suficiente para terminar con todo esto!...
DANIEL—¿Qué?...
ROBERTO—¡Esta casa es un templo de vicios!
DANIEL—Estás loco, loco... ¿Un templo de vicios?...
ROBERTO—Aquí viene cuanto vago de frac anda p r Buenos Aires... Hay escándalos...
DANIEL—¿Qué escándalos?...
ROBERTO—Sí, señor. ¡Escándalos! ¡Escándalos! Estoy bien enterado. Yo sé que ha habido escandalos.
DANIEL—Ya puedes ver. Mira qué escándalos...
ROBERTO—Vienen casineras... ¡esa resaca importada!...
DANIEL—Mira, Roberto. Voy á creer que el que no tiene caracter para terminar con todo esto eres tú.
ROBERTO—(Con cierta irritada ironía) ¡Sí, cómo no!...
DANIEL—Si... tú, que empiezas á aplastarte bajo la influencia de los convencionalismos. ¡La eterna contradicción entre lo que se piensa y lo que se siente! (Aparece Sara por la izquierda. Suena fuera la bocina de un automóvil.)

ESCENA XIV

DICHOS y SARA

SARA—(Entrando) ¿Todavía dura la conferencia?
ROBERTO—Todavía. Si usted quiere escuchar...
SARA—No... ¡qué esperanza! (Va hacia la izquierda como para salir.)
DANIEL—No, no te vayas. Si no tenemos nada que hablar. Son preocupaciones infantiles de Roberto.
SARA—(A Roberto) ¿Suyas? ¿Preocupaciones graves?
DANIEL—(Levantándose, palmea sonriente el hombro á Roberto) Cosas que le pasan á mi amigo.
SARA—Bueno. Vamos al comedor entonces.

DANIEL—Vamos, vamos.

ROBERTO—(Levantándose) Son rasgos de mi sinceridad.

SARA—(Desde la puerta de la izquierda, abriéndoles el paso) Pasen, pasen.

DANIEL—Pasa, Roberto.

ROBERTO—Gracias. (Mutis por la izquierda Roberto y Daniel.)

ESCENA XV

SARA

SARA—(Como oyendo algo. Va hacia el foro y habla desde la puerta) ¿Sube alguien?... ¿Quién es?

UNA VOZ—(La de Conrado, que sube) Soy yo; no tenga miedo.

SARA—¡Ah, suba, suba!... (Sara vuelve hacia el centro. Aparece Conrado por el foro, en traje de paseo, con abrigo.)

ESCENA XVI

SARA y CONRADO

CONRADO—(Entrando) Buenas noches.

SARA—Buenas noches. ¡Ah!... Si lo había confundido. Creí que era otro amigo de Daniel.

CONRADO—(Habla secamente) ¿No está Aurora?...

SARA—Espérese, tome asiento un momentito. Voy á llamar á los muchachos. (Se dirije hacia la izquierda.)

CONRADO—No; si no hay necesidad. Dígame redondamente que Ernesto quiso hacer una gracia y se acabó...

SARA—(Riendo) ¿Qué gracia?... (Volviéndose).

CONRADO—No, si usted sabe. ¡No me chupo el dedo yo! ¡Lo quieren tomar de otario á uno!

SARA—No... si no es para que usted se enoje.

CONRADO—No. ¡Es que algún día le van á salir caras esas monadas á Ernesto! (Se sienta) Llámela.

SARA—(Va hacia la izquierda: llama desde la puerta) ¡Daniel! (Hacia Conrado) ¿No quiere tomar té?...

CONRADO—No, gracias.

SARA—¿O café? ¡Cualquier cosa!...

CONRADO—No, no, no. (Secamente) Muchas gracias. (Pausa. Aparece Daniel por la izquierda.)

ESCENA XVII

DICHOS y DANIEL

DANIEL—(Entrando) ¡Conrado! (Va hacia él) Ven, hombre, entra al comedor.

SARA—Entre, sí. Tome algo... cualquier cosa...

CONRADO—No, no quiero entrar. (Se levanta.)

DANIEL— Qué... ¿Estás enojado? (Mutis Sara por la izquierda.)

ESCENA XVIII

DANIEL, CONRADO

CONRADO—¡Cómo no voy á estar!... ¡O te crées que yo soy algún sonso!

DANIEL—No seas así, hombre. ¿Por qué?...

CONRADO—Bueno. Haceme el favor de llamarla á Aurora. ¡Yo le voy á dar á la "chimichurri" esa! ¡Cada día más insolente!...

DANIEL—Bueno. Oyeme, Conrado. La voy á llamar y te la voy á traer si quieres... pero... te suplico que no le pegues... pobrecita!...

CONRADO—¡Hombre! No sabía que te habían nombrado tutor de ella! ¿Desde cuándo sos tutor?...

DANIEL—No, hombre: no me han nombrado tutor... pero ten en cuenta que la pobrecita sufre... Te lo pido yo!...

CONRADO—Sí, hombre, sí; tráela nomás.

DANIEL—¿Me prometes que no le vas á hacer nada?...

CONRADO—Sí, hombre, te prometo. (Aparece Ernesto por la izquierda.)

ESCENA XIX

DICHOS y ERNESTO

ERNESTO—(Entrando. Hacia Conrado) ¿Estás enojado, hermano?... ¡No es para tanto la cosa!

CONRADO—Sos un gracioso, vos también. No. Yo lo que quiero es que me la traigan y se acabó...

ERNESTO—(Mirando hacia la izquierda) Entrá, entrá; si no te va á hacer nada, entrá...

DANIEL—Sí. Venga Aurora. No le va á hacer nada. (Aparece Aurora por la izquierda.)

ESCENA XX

CONRADO—(A Aurora que aparece por la izquierda) ¿Esas son maneras, nó?... Acercate. No me tengas miedo. (Aurora se acerca con timidez) No me tengas miedo, no. (Al estar próxima Conrado la coje de un brazo y de un tirón la atrae) No me tengas miedo, no... (La sacude con violencia) ¿Por qué te has atrevido?

DANIEL—Dejala, hombre.

AURORA—Salí, no me pegués!... (Se desprende) ¡Qué también! (Llora.)

ERNESTO—(A Conrado) No embromes, hombre. Dejala...

CONRADO—¿Qué?... ¿Ahora te sublevás también, nó?... (Le pega una cachetada. Ernesto lo separa á Conrado, que quiere pegarle más aún.)

AURORA—(Llorando. A Daniel) No vé, doctor; no vé?... (Con un gesto iracundo) Yo no me voy de aquí. Es capaz de matarme este animal! ¡Bruto!

DANIEL—No llore, Aurora (Como consolándola; deben estar cerca del escritorio) No seas así, hombre.

CONRADO—(A Ernesto) Salí, hombre. (Se desprende repentinamente de Ernesto; va hacia Aurora y le

pega una puñada en el pecho. Conrado quiere ir hacia ella pero Daniel y Ernesto lo detienen.)

AURORA—¡Animal! ¡Animal! (Rabia y patea en desorden. Coje con una mano el pequeño sátiro de bronce.)

ERNESTO—No seas así Conrado. (Deben estar cerca de Aurora, sujetando á Conrado.)

DANIEL—(A Aurora que ha levantado la mano para descargar un golpe sobre la cabeza de Conrado) ¡No! ¡no! (Conrado al cojer de una mano á Aurora recibe el golpe en la cabeza y cae en brazos de Ernesto. Esta acción debe ser rápida. Aparecen por la izquierda Roberto, Héctor y Sara, que se dirijen simultáneamente al lugar del hecho.)

Telón rápido

Acto Segundo

La escena representa un comedor, en cuyo fondo—el primer término del escenario—el capricho ó el abandono juveniles han aislado una pequeña sala, de tal modo que ésta sea parte integral del comedor ó la continuación de éste. La distribución de los muebles será: A la izquierda, en primer término, un piano. A la derecha, en primer término una mesita, un sofá y dos sillones. Puertas practicables á derecha é izquierda. En el centro, al foro, una mesa tendida, con flores y botellas de chapagne, copas, etc. En lugar oportuno aparador y cristalero.

Al levantarse el telón aparecen rodeando la mesa Daniel y Sara, Héctor, Ramón (viejo lujurioso) y Paulina (cocotte criolla), Ernesto y Aurora. Se beberá champagne con estrépito. Es el final de una comida. La ebriedad, que ha empezado, irá acentuándose paulatinamente en todos menos en Daniel, que se conserva inalterable.

ESCENA I

DANIEL, SARA, ERNESTO, AURORA, HÉCTOR, RAMÓN, PAULINA. Todos beben

ERNESTO—Pero á mí... (dirigiéndose á Héctor) lo que más me extraña, es que un muchacho como vos, lleno de plata... sabes... no tenga ninguna querida, siendo derrochador como sos...

HÉCTOR—Eso es porque me dedico á quererme á mí mismo.

RAMÓN—¿Y á vos que te importa? (A Ernesto) No se le antojará tener querida. No sería libebral como nosotros. (Ríen.)

ERNESTO—¡Qu liberal ni qué liberal!...

RAMÓN—Yo soy liberal, si señor, y sinó que lo diga ésta (Señala á Paulina) que me conoce bien.

AURORA—Bueno, bueno, déjense de esas cosas. ¡Que brinde alguna!

RAMÓN—Eso es.

SARA—¡Que brinde, que brinde!

HÉCTOR—Linda idea. A ver, Ernesto!...

RAMÓN—Eso es. Ernesto. ¡Que hable Ernesto, que hable!

PAULINA—¡Que hable Ernesto! (Se levanta Ernesto con una copa en la mano, tambaleándose.)

RAMÓN—Pero no macanee.

DANIEL—Déjelo, déjelo... que va á hablar.

ERNESTO—Silencio, pues. (Se hace el silencio) Brindo señores, por mi felicidad personal, por los veinticinco años que hoy cumple Sara, la dulce compañera de mi amigo Daniel, que es mi amigo... (Se golpea el pecho.)

RAMÓN—(Interrumpiéndole) Muy bien.

PAULINA—Muy bien.

ERNESTO—Por la "chimichurri".

AURORA—¡Viva la "chimichurri"!

HÉCTOR—¡Viva la "chimichurri"! (Risas generales.)

ERNESTO—¡Silencio!... por la "chimichurri", mi amante melancólica. . . . . . . (Murmullos.)

ERNESTO—¡Silencio! (Se hace el silencio) por la gentil damisela, doña Paulina...

PAULINA—Gracias.

ERNESTO—¡Silencio, digo!... Por la gentil damisela que por primera vez asiste á esta simpática casa del amor y de la inteligencia... y por el viejo Ramón, á quien la damisela explota con mucha gravedad. He Dicho. (Murmullos y Risas.)

LAS VOCES—¡Bien, bravo, bravo! (Se bebe y se vuelve á servir champagne. Ernesto se sienta.)

RAMÓN—(Levantándose) Brindo, porque en Buenos Aires haya siempre un juventud tan liberal y entusiasta... por los ideales... (Risas.)

ERNESTO—¡Que se siente, que se siente!

LAS VOCES—Que se siente, que se siente. (Paulina coje á Ramón del brazo y lo hace sentar.)

RAMÓN—(Bebe) Voy á continuar, señores...

LAS VOCES—No, no, no, no...

RAMÓN—Protesto, señores... (Beben todos menos Daniel.)

ERNESTO—¡Aquí no hay protestas que valgan!...

AURORA—¡Bravo, bravo!...

DANIEL—(Sirviendo champagne)Por lo visto... aquí tiene derecho á emborracharse todo el mundo...

SARA—¡Todo el mundo! (Se alzan todas las copas.)

DANIEL—(Sirviendo champagne) Menos yo... que no puedo tomar más porque me hace mal.

HÉCTOR—No señor. ¡Que tome Daniel, también!

LAS VOCES—¡Que tome, que tome!...

DANIEL—No, no señores. Ustedes me van á dispensar pero yo no puedo tomar más...

ERNESTO—¡Que no vas á poder tomar más, hombre!..

HÉCTOR—Aquí tienen que tomar todos...

RAMÓN—Es claro... todos.

HÉCTOR—Yo he traído el champagne para que tome todo el mundo...

PAULINA—Tome, Daniel...

ERNESTO—¡Claro, hombre! Tomá, dejate de macanear.

SARA—Una copa más ó menos...

AURORA—¡Que tome, que tome!

DANIEL—No, no, no... No bebo, no bebo... me hace mal. Ya he tomado bastante.

RAMÓN—Yo soy liberal, señores. (Ernesto coje una botella y quiere tomar con ella.)

HÉCTOR—(Retirándole la botella á Ernesto) ¡No seas inmoral, hombre!

ERNESTO—Dejame tomar hombre. (Sorbe un trago tan solo.)

RAMÓN—¡Mire con lo que sale el amigo, Héctor!...
ERNESTO—Es claro, es claro.
RAMÓN—Cuando ustedes tengan mi edad van á ver que la moral es como un traje de paseo.
ERNESTO—(Gritando) Macana, macana... (Todos gritan.)
RAMÓN—(Bebiendo) Bueno, bueno... hoy ya no se puede ser liberal tampoco.
PAULINA—(A Ramón) Dame un beso...
ERNESTO—Que vas á ser liberal, viejo... Vos sos peor todavía... Tenés unas ideas negras...
RAMÓN—Negras dice éste. (A Daniel.)
ERNESTO—Casi, casi, diría que sos pagano, ¿verdad, Paulina?
PAULINA—O paganini, que es lo mismo. (Risas.)
ERNESTO—¡Bueno, bueno, menos cosas y más beberaje! (Aparece Manolo por la derecha con una tarjeta en la mano.)

ESCENA II

DICHOS y MANOLO

MANOLO—(Entregando la tarjeta á Daniel) Doctor: Ahí está ese señor...
DANIEL—(Leyendo la tarjeta) ¿Quién es?...
SARA—Quién es, Daniel.
DANIEL—No sé. Yo no lo conozco.
ERNESTO—¡Podés hacerlo entrar, Daniel! (Paulina, Ramón y Aurora beben. Ernesto coje una botella.)
MANOLO—Yo no sé, doctor... pero dice que quiere entrar... que trae una caricatura de la señora... Paulina deshoja pétalos de rosa sobre su copa y bebe.)
ERNESTO—¿Una caricatura?... (Bebe con la botella.)
DANIEL—(A Manolo) Hazlo pasar...
MANOLO—¿Aquí?...
ERNESTO—Aquí, aquí; si, señor. (Sigue bebiendo con la botella.)
DANIEL—Sí. (Mutis Manolo por la derecha.)

ESCENA III

DICHOS, menos MANOLO

SARA—(A Ernesto) Por Dios, Ernesto, no tome tanto, que le va á hacer mal!

HÉCTOR—¡Ernesto; no seas bárbaro, hombre!

ERNESTO—¡Que por Dios, ni que por Dios! Para los borrachos Dios tiene que ser un loco, porque el mundo les da vuelta y hacer un mundo bailando... solamente un loco.

RAMÓN—El mundo es un manicomio... Por eso yo soy liberal. (Aparece Luis por la derecha. Gran melena y gran barba desgreñada; su indumentaria es modesta; trae una cartulina en la mano.)

ESCENA IV

DICHOS y LUIS

LUIS—(Entrando) Buenas noches...

LAS VOCES—¡Buenas!... Buenas noches.

ERNESTO—(Señalando á Luis) ¿Ves?... Ahí lo tienes... ¡El loco Dios!....

LUIS—(Se acerca á Daniel.)

DANIEL—Avance, amigo.

LUIS—(Entregando á Daniel la cartulina) Yo traía ese apuntecito por si le gustaba... (Ernesto se levanta con una copa servida y se dirije hacia Luis.)

DANIEL—¡Tú caricatura, Sara!

SARA—¿A ver, á ver?... (Daniel le entrega la caricatura.)

ERNESTO—Ché, loco Dios, toma esta copa... (Luis toma la copa. Ernesto, dirigiéndose á su asiento) ¡Tomála, tomála!...

LUIS—Gracias. (Bebe.)

AURORA—
RAMÓN—
PAULINA—
HÉCTOR } ¿A ver, á ver, la caricatura?...

SARA—¡Oy! ¡Pero que bien! (La pasa á todos) ¡Fíjense que bien!...

ERNESTO—(Mirándola) Se parece más al viejo de la "Piedra de Escándalo" que á Sara...

LUIS—(Dejando la copa sobre la mesa) Es una caricatura, señor...

SARA—(A Luis) Es claro. No le haga caso.

ERNESTO—(Pasando la caricatura á Ramón; le dirije la palabra á Luis) Usted... sí... que es una caricatura...

RAMÓN—(A Luis) Pero... ¿usted no publica en las revistas?...

LUIS—Es que en las revistas no admiten mis trabajos...

ERNESTO—Por malos.

SARA—(A Luis) No... No le haga caso, señor.

DANIEL— Qué sabes tú?...

ERNESTO—Si, señor; por malos!...

RAMÓN—(A Luis) ¿Por qué es?...

LUIS—Es que es una escuela nueva.

ERNESTO—No me parece...

RAMÓN—(Sacando un billete de diez pesos se lo da) Yo le regalo estos diez pesos.

HÉCTOR—(Sacando un billete de la cartera) Tome, tome. Yo le doy cincuenta. (Luis coje los billetes.)

LUIS—¡Gracias, gracias!...

RAMÓN—Pero... me va á permitir que le de un consejo...

LUIS—¡Como no, señor!...

ERNESTO—¿A ver, á ver?... ¿Por qué ¿nó?... ¿Un consejo?...

RAMÓN—¿Por qué no se dedica á dar conferencias sobre los específicos para hacer crecer el pelo?... (Ríen todos.)

ERNESTO—Sería un éxito, á la verdad.

DANIEL—(A Luis) No les haga caso, amgio. Pase mañana por aquí...

LUIS—(Riéndose) Bueno... yo me voy á retirar...

ERNESTO—(Levantándose con una copa servida) No

señor, no señor. Tome esta otra copita. (Le da la copa.)

RAMÓN—Sobre el pilol, por ejemplo... (Luis bebe) Si usted fuese liberal...

ERNESTO—(A Luis) Yo soy su amigo ¿sabe? ¡Su amigo!...

LUIS—(Entregando la copa á Ernesto) Gracias. (Ernesto se sienta) Bueno... buenas noches, eh?... (Se dirije hacia la derecha).

ERNESTO—Adios, caricatura.

DANIEL—Venga mañana.

LUIS—Sí, señor.

SARA—¡Y muchas gracias! ¿eh?...

LUIS—(Desde la puerta) De nada, de nada. (Mutis Luis por la derecha.)

ESCENA V

DANIEL, HÉCTOR, ERNESTO, RAMÓN, SARA, PAULINA y AURORA

(Sara, Héctor y Daniel ven la cartulina. Ramón se levanta encendiendo un habano, se dirije al piano.)

DANIEL—(Mirando el trabajo de Luis) Tiene una línea muy pobre.

HÉCTOR—¡Ya lo creo, que es pobre! (Suena un tango en el piano.)

ERNESTO—(Levantándose) ¿Quién quiere bailar este tango?...

AURORA—(Levantándose) Yo. (Se ponen en disposición de bailar Ernesto y Aurora.)

ERNESTO—¡No señor, no señor! ¡que toque "la morocha"!

PAULINA—Sí, sí. "La morocha" es más lindo!...

ERNESTO—¡"La morocha"! (Ramón deja de tocar.)

HÉCTOR— Por qué no bailas tú, Daniel?...

RAMÓN—¿"La morocha", dicen? Bueno.., Ahí va,

DANIEL—No; yo no. Baila tú si quieres, con Sara... Yo no lo sé bailar.

SARA—(Levantándose. A Héctor) ¿Quiere bailar?...

HÉCTOR—(Se levanta) ¡Como nó! (Ramón empieza á tocar "La morocha". Bailan durante un minuto como ebrios Ernesto y Aurora; Sara y Héctor comienzan á bailar.)

ERNESTO—(A Aurora) Estáte quieta, estáte quieta, te digo. (Se suspende el piano.)

RAMÓN—No puedo tocar; tengo los dedos duros. (Paulina se levanta y va hacia Ramón.)

ERNESTO—Es por el liberalismo, viejo.

PAULINA—¿Vamos á Palermo, Ramón?...

RAMÓN—¿Y qué vamos á hacer? (Daniel enciende un habano. Héctor resbala á Sara un beso sin que nanie lo advierta. Sara repele el beso con un gesto de enojo, y adquiere en seguida su expresión habitual. Ernesto, Aurora, Héctor, Sara, Ramón y Paulina se dirijen á la mesa.)

HÉCTOR—Más champagne, más. (Se sirve más. Todos beben de pié.)

ERNESTO—Hago moción para que Sara diga el nombre de todos los amantes que ha tenido.

PAULINA—Bravo. ¡Qué diga!

RAMÓN—Ha tenido más de treinta.

DANIEL—Bueno; no sea cosa que esto se pase de los límites. Háganme el favor de doblar la hoja y de no decir pavadas.

ERNESTO—No seas pavo, hombre. Si ella sabe. (Bebe.)

SARA—(Con rabia) ¿Qué, qué sé?...

ERNESTO—Que el marido tiene á todos los amantes apuntados en una cartera.

DANIEL—Bueno. Hazme el favor de callarte.

ERNESTO—Y que lo diga ella sinó...

AURORA—Eso es; que lo diga ella...

SARA—(A Aurora) Usted no se mete en lo que no le importa... ¿sabe?...

DANIEL—(A Sara) Bueno, bueno. ¿No ves cómo están?...

ERNESTO—(A Sara) ¡Ahora sí que está bueno!...
HÉCTOR—(A Ernesto) Cállate la boca, hombre.
ERNESTO—(A Sara) ¿Está usted pudorosa? (Ríe) ¿Se ruboriza usted?
RAMÓN—(Sacando el reloj) ¡Las nueve y media!
DANIEL—(A Ernesto) No te permito que vengas á ofenderla aquí...
ERNESTO—(Bebiendo) Pero si ella sabe que es verdad. (Paulina bebe.)
HÉCTOR—(A Ernesto) ¡Bueno, cállate, hombre!
SARA—¡Bueno, mejor! ¡Si es verdad, mejor! (Con rabia) ¡A nadie se le importa nada y menos á usted!
ERNESTO—Miràla á esta ofendida, ahora... Desde cuando ese gesto de dignidad?...
DANIEL—(Coje á Ernesto de un brazo) ¡Bueno, Ernesto! Tú estás un poco mal de la cabeza. Hazme el favor. Vete con Aurora á tomar un poco de aire. Llévalos, Héctor.
ERNESTO— Me echás, hermano?... Pero si yo soy tu amigo... ¿sabés?... tu amigo... (Héctor da el brazo á Ernesto.)
DANIEL—No, no te echo; pero estás mal de la cabeza ..
ERNESTO—Gracias, hermano. Vos sos mi amigo...
HÉCTOR—(Dando el otro brazo á Aurora) Vamos, vamos, Ernesto No hagas papelones. (Se dirijen hacia la derecha tambaleándose, Daniel los acompaña. Paulina bebe.)
ERNESTO—(Quiere desprenderse y no puede. A Daniel) Mirá hermano, vos sos mi amigo, ¿sabés? pero esa... esa... ¿sabés?... (Mutis por la derecha Aurora, Ernesto, Héctor y Daniel.)

ESCENA VI

RAMÓN, PAULINA, SARA

(Sara se dirije hacia el sofá, apoya la cabeza entre las manos y empieza á sollozar. Ramón y Paulina no la ven. Sara se sienta en el sofá.)
PAULINA—Vamos á Palermo, Ramón. (Bebe una copa.

Al dejarla vuelca algunas botellas sobre la mesa.)

RAMÓN—No tomes más, mujer. Vamos, vamos. (Se dirijen hacia la derecha tambaleándose sin ver á Sara. Mutis por la derecha Paulina y Ramón.)

ESCENA VII

SARA

(Sara solloza. Aparece Daniel por la derecha. Desde la puerta, sin advertir el sollozo, mira hacia afuera y hace signos de admiración con la cabeza. De pronto, oye el sollozo de Sara, cuyo llanto acrece y se vuelve hacia ella sorprendido.)

ESCENA VIII

SARA, DANIEL

DANIEL—(Yendo hacia Sara) ¿Qué tienes, Sara?... ¡Mi hijita! ¿qué tienes?... ¿qué tienes? (Sara solloza fuertemente) ¿Eh? (Cariñosamente; se sienta á su lado) ¡Oh! ¡Dime, pues!... ¡Dime! No llores... (Sara sigue llorando. Daniel le coje la cabeza con las manos) ¿Qué tienes? ¿Qué tienes?...

SARA—(Quebrando las palabras con los sollozos) Ese... ese... canalla... que viene á... decir... esas... cosas...

DANIEL—¡Oh! ¿Pero es eso nomás?... (La besa en la frente) Pero... si estaba borracho, mi hijita!...

SARA—(Quebrando las palabras con los sollozos) Porque... sabe... que yo... te quiero... y tratan... de sacarme... de tu lado...

DANIEL—¡No, mi hijita! (Con ternura) Es que estaba borracho. ¡No les hagas caso! (Aparece Roberto por la derecha, con traje de etiqueta.)

ESCENA IX

ROBERTO, SARA y DANIEL

ROBERTO—(Entrando) ¡Buenas noches!

DANIEL—No llores más, Sara.

ROBERTO—¿Qué pasa?...

DANIEL—¡Ola, Roberto! Nada, nada; siéntate; un momentito, un momentito. (Roberto se dirije hacia ellos.)

ROBERTO—¿Qué tiene, Sara?...

SARA—(Haciendo un esfuerzo visible para no llorar) Nada, nada.

DANIEL—(Se levanta y hace levantar á Sara) Recuéstate un poco... (La conduce hacia la izquierda. Volviendo el rostro hacia Roberto, que presencia la escena inalterablemente) Espérame, espérame un momentito...

ROBERTO—¡Sí, sí, como no! (Mutis Sara y Daniel por la izquierda.)

ESCENA X

ROBERTO

(Roberto se pasea. Observa las botellas en desorden sobre la mesa. Aparece Daniel por la izquierda. Cierra la puerta.)

ESCENA XI

ROBERTO y DANIEL

DANIEL—(Entrando) ¿Por qué no te sientas?...

ROBERTO—Tengo que hablarte.

DANIEL—¿En serio?... (Roberto se sienta en un sofá, Daniel en un sillón.)

ROBERTO—En serio. (Saca un habano; se lo ofrece á Daniel.)

DANIEL—No, no quiero. Recien acabo de fumar.

ROBERTO—(Encendiendo el cigarro) ¿Has estado de orgía?...

DANIEL—No. ¡Ya sales con lo de siempre! Hemos cenado nomás, y después se ha tomado un poco de champagne. Nada mas...

ROBERTO—Como he visto ese desorden. (Señala á la mesa) á Ernesto borracho... á esa que le dicen la "chimi no sé cuanto"... borracha, á Héctor borracho... ó algo parecido... á otra más borracha y al viejo Ramón borracho también... ahí en la puerta... pensé que...

DANIEL—No, hombre, no. Es el cumpleaños de Sara...

ROBERTO—...Y quisiste festejarlo...

DANIEL—No. Fué idea de ella...

ROBERTO—(Con cierta ironía) ¡Es claro! (Pausa) Bueno. ¿Cuántos días hace que no vas al Ministerio?...

DANIEL—¿Por qué?...

ROBERTO— Cuántos días hace?...

DANIEL—Y... quince ó veinte días... No he podido ir. Además... hay poco trabajo en la oficina...

ROBERTO—Así me has dicho siempre. (Saca un diario del bolsillo, lo despliega, busca una noticia y se lo entrega á Daniel) Hazme el favor de leer ahí...

DANIEL—(Coje el diario) ¿Qué?...

ROBERTO—Lee, lee.

DANIEL—(Con gran sorpresa) Ah!... Es claro, es claro. (Con indignación) ¡Una exoneración!

ROBERTO—Y... ahí tienes!... ¡Yo siempre te he dicho!...

DANIEL—No, no... Esa es la obra de algún malvado... (Se altera) de algún perverso... Sí, sí, perverso!...

ROBERTO—Bueno; no te alteres, hombre... (Daniel se levanta.)

DANIEL—¡Y como no me voy á alterar!... Es que han trabajado para echarme, para echarme, si señor. Y han logrado sus propósitos... No me importa... ¡Canallas!... ¡Todavía tengo dos cátedras!... (Se sienta.)

ROBERTO—(Con tranqilidad) ¡Tú no me quieres hacer

caso!... Creer que te hablo por hacerte enojar... te he dicho que dejes á Sara...

DANIEL—No es posible eso... Yo la quiero y... se acabó...

ROBERTO—¡Que la vas á querer, hombre! Una exaltación momentánea...

con una tarjeta en la mano.)

ESCENA XII

DICHOS y MANOLO

DANIEL—Bueno, bueno. Oyeme Roberto. Te suplico que no conversemos más de ésto... Todo lo que me digas es inútil... inútil... (A Manolo) ¿Qué hay?...

MANOLO—(Entregándole la tarjeta) Está ese señor. Dice que quiere hablar con usted.

DANIEL—(Leyendo la tarjeta con sorpresa) Santiago...

ROBERTO—¿Quién?

DANIEL—Santiago... el hermano de Quina.. ¡No lo conoces?...

ROBERTO—No... ¿Vendrá á verte por tu novia?...

DANIEL—¡Tal vez!... (A Manolo) Bueno. Hazlo pasar. (Manolo se dirije hacia la derecha.)

ROBERTO—¡Hazlo pasar á la biblioteca, hombre! (Manolo se detiene á escuchar la orden.)

DANIEL—¡No, hombre, qué biblioteca! ¡Que voy á andar con tantos cumplimientos! Sabe que es mi casa. (A Manolo) Dile que entre nomás. (Mutis Manolo por la derecha.)

ESCENA XIII

ROBERTO y DANIEL

ROBERTO—¿Y qué le vas á decir?...

DANIEL—¿Y qué se yo á qué viene?... (Roberto se pasea. Aparecen Santiago y Manolo por la derecha. Manolo se va desde la puerta.)

ESCENA XIV

ROBERTO, DANIEL, SANTIAGO

DANIEL—¡Adelante, amigo! (Santiago avanza.)
SANTIAGO—¿Cómo le va?... (Le da la mano á Daniel.)
DANIEL—¿Muy bien, y á usted?
SANTIAGO—Muy bien, gracias.
DANIEL—(Mirando á Roberto y á Santiago) ¿No se conocen?...
SANTIAGO—No tengo el gusto...
DANIEL—El doctor Roberto Díaz... el señor Santiago González... (Roberto y Santiago se dan la mano.)
SANTIAGO—Muchísimo gusto.
ROBERTO—De igual modo, señor.
DANIEL—Síntese, Santiago. (Le indica un sofá. Roberto trae una de las sillas que rodean la mesa.)
ROBERTO—Bueno. Supongo que ustedes tendrán que conversar... (Traduce deseos de dejarlos solos.)
DANIEL—No, no... puedes quedarte nomás... (Hacia Santiago) El doctor... es íntimo amigo mío, antiguo condiscípulo, un camarada de la infancia...
SANTIAGO—No... y además... esta no es una visita secreta... (Roberto se sienta) Yo he venido á verlo, Daniel, porque como no he recibido contestación á tres cartas que le he dirijido á esta casa...
DANIEL—¿Cartas, dice? (Roberto fuma deleitosamente.)
SANTIAGO—Si. Le enviado tres cartas continuas...
Daniel—Pues no las he recibido... (Pausa.)
SANTIAGO—Es que en casa están todos con una gran incertidumbre en lo que á usted respecta.
DANIEL—¡Hombre! (Como resolviéndose á expresar una idea definitiva) Me alegra mucho que usted haya ahorrado preámbulos angustiosos y que me ponga por delante el problema.
SANTIAGO—(Interroga con la expresión.)
DANIEL—Estas cosas se arreglan con mucha naturali-

dad cuando la ceremonia no las complica desde un principio.

SANTIAGO—(Demostrando vivo interés) No entiendo...

ROBERTO—(Hacia Santiago) Yo creo que si usted se toma el trabajo de meditar dos segundos, entiende inmediatamente.

SANTIAGO—¿Por qué?...

DANIEL—Bueno. Es mejor que nos dejemos de ambigüedades. (Con resolución) Usted viene á verme á propósito de Quina. ¿No es cierto?...

SANTIAGO—No quería decir tanto...

ROBERTO—Pero, en resumen, usted quería decir eso...

DANIEL—(Pausa) Y ya que hablamos de eso... Mire: No es que yo sea un cobarde ni un falso que quiera rehuir responsabilidades... sabe?... pero... me desagradan muchos las escenas sentimentales.

SANTIAGO—Le aseguro que no entiendo.

DANIEL—Usted que es sensato é indulgente comprenderá mi caso.

SANTIAGO—¡Muchas gracias!

DANIEL—En una palabra... (Con firmeza) Yo quiero decirle que deseo romper el compromiso con su señorita hermana.

SANTIAGO—(Sorprendido) ¿Con Quina? ¿Con Quina, dice?...

DANIEL—Sí, sí; con Quina.

SANTIAGO—Pero... ¿está loco, Daniel?...

DANIEL—No, no estoy loco.

SANTIAGO—No me explico, entonces... (Se levanta).

DANIEL—(Haciéndolo sentar á Santiago) Siéntese, siéntese dos minutos... le ruego...

SANTIAGO—Pero si...

DANIEL—No, no; escúcheme; yo le ruego que me escuche.

SANTIAGO—(Sentándose) Usted dirá... (Pausa.)

DANIEL—Yo, á la verdad, no he pensado mucho el caso; pero, en resúmen, opino que la haré perder el tiempo. ¡Por otra parte, yo voy á ser bien franco con usted: yo no la quiero... Somos caracteres opues-

tos; no debo, por tanto, echar fuego á la hoguera de una pasión, cuyos resultados serían desastrosos...

SANTIAGO—(Con un tono de alteraciónn) Pero...

DANIEL—Permítame, permítame...

SANTIAGO—¿Cómo es que usted le ha estado escribiendo hasta hace quince días, cómo es que usted quiere cortar... así... una cosa casi inquebrantable... inquebrantable en rigor porque usted se había comprometido... un compromiso ya público?... ¿Cómo dice eso tan fresco sin sospechar... siquiera que Quina pueda...

ROBERTO—Es el eterno caso. No sé qué filósofo dijo, que se podían prometer acciones, no sentimientos.

SANTIAGO—No... no... En este caso, amigo, yo me río de los filósofos...

DANIEL—Lo primero lo he hecho precisamente para evitar las medidas radicales. Es cierto, sí, señor. Yo le he escrito á Quina hasta hace pocos días, pero... insinuándole lo mismo que le acabo de decir á usted. Si ella... en fin... En cuanto á lo segundo, á lo del compromiso...

SANTIAGO—Sí, eso, eso, (Enérgicamente) un compromiso ya público, eso...

DANIEL—Si. El compromiso... mire... es un convencionalismo. Me parece que es mejor disolverlo cuando significa la desgracia de los contrayentes, que romperlo después con lágrimas y con discordias... inmorales, diré...

SANTIAGO—Eso, lo que significa, es que usted ha pretendido jugar con nosotros.

DANIEL—No, señor. Eso quiere decir que yo soy un hombre sincero... lo contrario sería engañarlos...

SANTIAGO—(Enojado) Pero... ¿y el papelón que hace mi hermana y mi familia y todos... hasta usted mismo?...

DANIEL—No se sulfure, amigo Santiago. Además... hay de por medio un muro.

SANTIAGO—¿Cuál?... ¿Qué muro?...

DANIEL—Mis ideas. De modo que aún amándola...

SANTIAGO—(Con rabia) ¡Y todo esto se le ocurre á usted recién ahora! ¿Y si usted no acepta las ideas corrientes por qué ha ido á buscar un amor en ambientes que le son adversos,... á engañar, ó á burlar... ¡vaya un papelón!... á toda una señorita y á una familia bien considerada, sépalo usted, por la sociedad. Eso no es caballeresco.

DANIEL—(Con intensa energía) ¿Y qué le debo yo á esa sociedad?... ¡Hmabre, tal vez! Sin nembargo, mañana Quina, á quien no quiero, y esto sería suficiente para usted y para su respetable familia como toda explicación—me exijiría en su nombre que me hincare ante un altar, que claudicara mis ideas, y que pusiera un epitafio sobre mi pasado, que al fin y al cabo, es lo más grande de todo el libro de mi vida...

DANIEL—Yo no soy cera adaptable al molde de sus caprichos...

ROBERTO—Bueno, Daniel, no te alteres, hombre.

SANTIAGO—(Se levanta. Con rabia aguda) Usted está teatralizando, amigo!...

DANIEL—¡Como le parezca! Mejor...

SANTIAGO—Es que yo exijo una explicación...

DANIEL—A mi nadie me exije nada, sepa usted.

ROBERTO—(Interponiénndose) No, hombres, no. Me parece que lo más conveniente es poner funto final á esto...

SANTIAGO—(A Roberto) No señor, no señor...

DANIEL—Es que á uno le hacen decir cosas...

ROBERTO—(A Santiago) Hágame, hágame el favor de sentarse. (Se sientan ambos) Mire, amigo González... Es mejor que esto se deje para otra oportunidad.

DANIEL—Noo, no y no. Yo he dado mi última palabra.

SANTIAGO—Muy bien. (Se levanta; á Daniel) Sabremos á qué atenernos respecto de usted.

DANIEL—(Levantándose) Sí, señor.

SANTIAGO—(Dando la mano á Roberto) He tenido mucho gusto, doctor.

ROBERTO—A sus órdenes, señor. (Daniel se sienta. Roberto acompaña hacia la derecha á Santiago. Daniel permanece pensativo, mirando al piano, con la cabeza apoyada entre las manos. Aparece Sara por la izquierda.)

ESCENA XV

SARA, DANIEL, ROBERTO y SANTIAGO

(Sara ve á Roberto y Santiago, inmediatamente á Daniel. Se le aproxima con expresión de ansiedad. Mutis Santiago por la derecha.)

ESCENA XVI

SARA—(Se ha aproximado á Daniel sin que él lo advierta. Roberto está en la puerta de la derecha como mirando á Santiago que se va) ¿Qué hay?... ¿Qué pasa?... ¿Qué?...

DANIEL—(Mira á Sara, la coje de las manos) Dame un beso. (Sara le da un beso) Otro... (Sara le da otro) Otro, otro ,otro... más besos... más.. (Cae una lluvia de besos. Roberto vuelve la mirada hacia Daniel y Sara haciendo signos de dolorosa admiración.)

Telón lento

Tercer Acto

La misma escena del primer acto. Habrán desaparecido las telas pintadas. Sobre el escritorio debe haber haber muchos libros. Seis de la tarde.
Al levantarse el telón Daniel estará sentado escribiendo. En su semblante debe haber marcados signos de sufrimiento.

ESCENA I

DANIEL

DANIEL—(Escribe algunos instantes) ¡Manolo! (Sigue escribiendo) ¡Manolo! ¡Manolo!...
UNA VOZ—(La de Manolo) Ya voy, doctor.
DANIEL—Sube de una vez, hombre. (Se dirije hacia el escritorio. Aparece Manolo por el foro.)

ESCENA II

MANOLO—(Entrando) Aquí estoy, doctor.
DANIEL—(Sentándose al escritorio) ¿En donde estabas?...
MANOLO—En el zaguán.
DANIEL—(Escribiendo en un sobre) ¿Y qué estabas haciendo en el zagúán?...
MANOLO—Nada. Estaba viendo pasar la gente, nomás.
DANIEL—Bueno. Yo te encargué una noche, hace como un mes, que me guardases las papeletas del reloj y de dos anillos. ¿Te acuerdas?...
MANOLO—Sí, señor.
DANIEL—¿Y donde las guardaste?...
MANOLO—En una cajita que hay en el cajón de la biblioteca. (Señala á la biblioteca.)

DANIEL—Bueno. Traémelas. (Manolo va hacia la biblioteca, abre el cajón de abajo y busca. Pausa.)

DANIEL—¿Qué?... ¿No las encuentras?... (Se levanta y va hacia donde está Manolo. Ambos buscan.)

MANOLO—(Sacando una cajita) Aquí están. (Se dirijen ambos hacia el escritorio. Daniel busca las papeletas, las recoje.)

DANIEL—Bueno, mira. (Le entrega la carta) Llevas esta carta al buzón. Después... (Dándoles las papeletas) ¿Tú sabes en donde queda la casa?...

MANOLO—No, señor.

MANOLO—Ah, sí sí. Sé; sí, señor.

DANIEL—Bueno, después de echar la carta, tomas el tranvía, te vás á la calle Esmeralda, preguntas por el tasados... No, mira, vas al buzón y vuelves en seguida.

MANOLO—(Dirigiéndose al foro) Está bien, doctor.

DANIEL—(Sentándose) Bueno, pero no sea cosa que te demores una hora. Trata de volver pronto, que tengo que mandarte.

MANOLO—Está bien, doctor. (Mutis Manolo por el foro.)

ESCENA III

DANIEL

(Daniel escribe, revuelve unos papeles. Aparece Manolo por el foro.)

ESCENA IV

DANIEL, MANOLO

MANOLO—(Entrando) Doctor: Ahí está un hombre que dice que viene á llevar los cuadros.

DANIEL—¿Están empaquetados?

MANOLO—Sí, señor...

DANIEL—Y bueno...

MANOLO—¿Se los doy?...

DANIEL—Sí, hombre, sí; dáselos. (Mutis Manolo por el foro.)

ESCENA V

(Daniel coje un libro de su mesa, lee en silencio el título y lo arroja al suelo; coje otro, hace lo mismo; coje otro, realiza la misma operación. Apoya la cabeza entre sus manos, embargado por una angustia intensa y solloza. Aparecen por el foro Conrado y Aurora, traje de paseo.)

ESCENA VI

DANIEL, CONRADO y AURORA

CONRADO—(Entrando) ¡Salud, Daniel! ¿Cómo te va?

AURORA—Buenas tardes.

DANIEL—(Los mira) Siéntense, muchachos. (Reconstituye su semblante. Aurora se pasea.)

CONRADO—(Notando el semblante de Daniel) ¡Oh!... ¿Y ahora?... ¿Qué te ha pasado?...

AURORA—¿Alguna mala noticia?...

CONRADO—¿Qué tienes, hermano?

DANIEL—Nada... siéntense, siéntense.

CONRADO—Pero... ¿qué te ha pasado?... ¡Hombre! Me parece que para algo somos amigos. (Aurora observa la escena con especial curiosidad) ¿Se te ha muerto alguien?... ¿Hay algún enfermo?...

DANIEL—¡No,... hombre... no!

CONRADO—¿Y entonces?...

DANIEL—¡Qué!... Porque te parece que he llorado .. ¿no?... ¡Y!... ¡mejor! Los hombres que no han llorado no son buenos... Nada... nada... Cosas de aquí... (Señala el corazón) de aquí... (Conrado se sienta) Siéntese, Aurora... (Aurora se sienta.)

CONRADO—Bueno. Si empezás con filosofías me vas á reventar, hermano.

DANIEL—Y ustedes... ¿desde cuando andan juntos?...

CONRADO—Hace como quince días...

DANIEL—(A Aurora) ¿Y por qué lo dejó á Ernesto?...

AURORA—Era un sonso... me aburría...

CONRADO—(A Daniel) Es como para darle las gracias por el piropo indirecto.)

DANIEL—(Con indiferencia) ¡Está bueno!... (Pausa. Aurora ríe.)

CONRADO—Hace unas cuantas noches lo vimos á Atilio en Palermo.

DANIEL—¿Ah, sí?...

CONRADO—Estuvimos hablando mucho rato de vos. Nos dijo que él se iba á empeñar para que te restituyeran las cátedras... ¡qué sé yo!...

DANIEL—¿Y sabes lo que yo le hubiese contestado?

CONRADO—¿Qué?...

DANIEL—Que compadeciera á otro, que yo no necesito misericordia de nadie.

CONRADO—¡Hombre!... No me parece que hubieras hecho bien. Al fin y al cabo, lo haria de patriota, por amistad.

DANIEL—Sí; también fué por amistad que él se empeñó tanto para que me las quitasen.

CONRADO—(Extrañado) ¡No me digas!

DANIEL—Sí, sí.

AURORA—¡Oy! ¡Y parecía ese día que era tan amigo suyo!

CONRADO—¡Qu cosa bárbara!

DANIEL—Y... así es...

CONRADO—Pero... ¿estás seguro?...

DANIEL—Ya lo creo. Bien seguro, desgraciadamente.

CONRADO—¡Qué barbaridad!...

AURORA—(A Conrado) Bueno. Háblale al doctor pronto, pues. Sinó después se nos va á hacer tarde.

CONRADO—Espérate, mujer. No seas tan atropellada.

DANIEL—¿De qué?... ¿Qué querías hablarme?...

CONRADO—No... macanas de ésta...

DANIEL—¿Macanas?...

AURORA—Sí, si tiene que hablarle. Yo sé que tiene que hablarle.

DANIEL—Y bueno...

CONRADO—No... (Medita) Nosotros tenemos la santa inntención de instalar un cotorro ¿sabés?...

DANIEL—¿Ah; ah?... ¿Y?...

CONRADO—Bueno. Y ésta me ha dicho que tú has vendido algunas cosas ¿sabés?... Y por eso quería proponerte la compra de algunos muebles... Antes de que caigan en manos de un judío...

DANIEL—Me parece oportuno... en fin... tú dirás. . Es una (Irónicamente) excelente idea.

DANIEL—¿Y que muebles son esos?...

CONRADO—Yo necesitaría por lo pronto un piano... ¿Quieres venderme el tuyo?...

CONRADO—Sí. el tuyo. De todas maneras tarde ó temprano lo vas á vender...

DANIEL—Es que ya lo he vendido.

CONRADO—(Con sorpresa) ¿A quién?...

DANIEL—Hace como veinte días. No sé. ¿Cuánto rcees tú que me dieron por el piano?...

CONRADO—¿Cuánto de costó?...

DANIEL—Mil nacionales.

CONRADO—Te habrán dado quinientos pesos...

DANIEL—Pues me dieron trescientos apenas...

CONRADO—¡Caramba! Bueno. ¿Y aquella mesita, el sofá y los sillones del comedor no me los vendes?...

DANIEL—¿Mi piano?...

DANIEL—¡Como nó?... ¿En cuánto?...

CONRADO—(Piensa) Y... ochenta pesos... ¿Te parece bien?...

DANIEL—Muy bien. Son tuyos. Cuando quieras... puedes mandarlos buscar.

CONRADO—(Se aproxima al escritorio. Saca de su cartera unos billetes) Muy bien. (Poniendo los billetes sobre la mesa) Cincuenta... sesenta... setenta... ochenta... ¿No es eso?...

DANIEL—Eso... (Coje los billetes.)

CONRADO—¿Está todo en buen estado, nó?...

DANIEL—Me parece... Puedes ir á ver...

CONRADO—No...

AURORA—(A Conrado) ¿Cuándo los mandas buscar?...

ERNESTO—Cualquier día de estos.

AURORA—Mañana, mañana. Así los tenemos pronto... ¿eh?... ¿No te parece?...

CONRADO—Sí, mujer, sí... (A Daniel) Te doy veinte más por los cuadros del comedor... (Aurora va hacia la biblioteca y observa los libros.)

DANIEL—Y... bueno, bueno... Supongo que no te querrás llevar toda la casa...

CONRADO—No... ¡hombre! (saca de la cartera veinte pesos más. Cuenta billetes.)

AURORA—(Desde la biblioteca) Dígame, doctor.

DANIEL—¿Qué?...

AURORA—¿No me da este libro?... (Señala un libro á través de los vidrios.)

DANIEL—¿Cuál?...

AURORA—El tesoro... (Leyendo) El tesoro... de los humildes...

CONRADO—(Entregando el dinero á Daniel) Ahí están los veinte ?nó?

DANIEL—No lo va á entender. (Coje el dinero.)

AURORA—¿Por qué?...

DANIEL—(Levantándose) Por que es un jardín que está cerrado para mucha gente.

AURORA—Préstemelo entonces. Tiene un título muy lindo.

CONRADO—(A Daniel—Dáselo. hombre. ¿Para qué quieres tanto libro? (Daniel y Conrado van hacia la biblioteca. Daniel la abre, saca el libro, se lo entrega á Aurora.)

DANIEL—Tómelo. (Entregando el libro á Aurora.) Se lo regalo.

AURORA—(Cojiendo el libro) Gracias. (A Conrado)

AURORA—(Dando la mano á Daniel) Bueno, adios, doctor.

DANIEL—Que le vaya bien.

CONRADO—Adios, hermano.

DANIEL—Adios. (Mutis Aurora por el foro.)

ESCENA VII

DANIEL y CONRADO

CONRADO—(Volviendo desde el foro) ¡Ah! ¡Hombre!
DANIEL—¿Qué?
CONRADO—Me olvidada de darte una noticia.
DANIEL—Una noticia?
CONRADO—Sí. A pesar de que, tal vez, la conozcas ya.
DANIEL—¿De qué se trata?
CONRADO—De Roberto. ¿No sabes nada?...
DANIEL—No. ¿Qué pasa?...
CONRADO—Se embarga pasado mañana.
DANIEL—¿Roberto?...
CONRADO—Sí. ¿No sabías?
DANIEL—No sabía nada.
CONRADO—Para Europa... Creo que va directamente á Italia.
DANIEL—Pues hombre... No sabía una sola palabra. Hace más de un mes que no lo veo... Me extraña que no me haya avisado siquiera...
CONRADO—¿Y no has leído en los diarios?...
DANIEL—No, no he leído. ¡Está bueno!
CONRADO—Bueno. Hasta cada rato, hermano.
DANIEL—Adios. (Mutis Conrado por el foro.)

ESCENA VIII

DANIEL

(Daniel se dirije hacia la derecha. Cierra la biblioteca, después de arreglar unos libros; se dirije hacia la derecha. Cuando está por transponer el umbral, entra Sara por el foro en traje de paseo.)

ESCENA IX

SARA y DANIEL

SARA—(Viendo á Daniel) ¡Daniel!

DANIEL—(Volviéndose) ¿Eh?... ¡Ah!... ¿Eres tú? (Se aproxima.)

SARA—¿Es cierto que has venddio á Conrado unos cuantos muebles?...

DANIEL—¿Quién te dijo?...

SARA—(Enojosa) Aurora me lo dijo en la escalera. Has hecho muy mal, me parece.

DANIEL—¿Por qué?...

SARA—(Enojosa) ¿Y nosotros con qué nos vamos á quedar? Ayer el piano, lo cuadros, hoy otros muebles... Me parece que así nos vamos á quedar con la casa vacía.

DANIEL—(Cariñosamente) Pero... ¡hija!... Si no es nada más que una tontera... insignificante... Es la mesita, el sofá y los sillones del comedor... y los cuadros... Me parece que estos no son todos los muebles...

SARA—(Enojada) Bueno. Yo no quiero que los vendas. Hace ya como dos meses que estás sin las cátedras y no has tratado de conseguir ningún empleo.

DANIEL—(Amablemente) No, hija...

SARA—¡Qué hija, ni qué hija! Me parece que te podías haber movido un poco más.

DANIEL—Precisamente por eso... Yo quiero trabajar por mi cuenta... No quiero pedir nada.

SARA—No sé cómo vas á hacer... Yo lo que veo es que te estás quedando muy fresco, y que esto no puede continuar así...

DANIEL—(Amablemente) Soy abogado. Pondré un estudio.. vas á ver como todo se arregla sin necesidad de pedir nada á nadie...

SARA—¡Oh!... Los abogados se mueren de hambre... Y tu caso es peor...

DANIEL—¡Qué se van á morir de hambre! Poco á poco verás...

SARA—¡Caramba, caramba!... (Va hacia la izquierda sacándose el sombrero. Al hacer mutis por la izquierda, deja la puerta abierta. Daniel se queda mirándola.)

DANIEL—Te aseguro que no entiendo una palabra... (Aparece Roberto por el foro.)

ESCENA X

DANIEL y ROBERTO

ROBERTO—(Enntrando sin que Daniel lo vea, por que Daniel se ha quedado mirando hacia la izquierda) ¿Cómo te va, Daniel?... (Daniel no lo oye. Roberto le golpea con la mano en el hombro.)

DANIEL—(Sorprendido) ¡Ola, Roberto! (Le abraza) ¿Te vas á Europa!

ROBERTO—Pasada mañana.

DANIEL—Siéntate, siéntate. (Roberto se sienta junto al escritorio, frente al sitio que ocupaba Daniel en un principio.) Un momentito, un momentito nomás. En seguida vengo.

ROBERTO—¡Como no, como no! (Mutis Daniel por la derecha; aparece Sara por la izquierda; Roberto hojea algún libro.)

ESCENA XI

ROBERTO, SARA

SARA—(Entrando) ¿Cómo le va, doctor?...

ROBERTO—¿Cómo le va?... (Le da la mano.)

SARA—Muy bien, gracias. He leído en "El Diario" de hoy que se va para Europa.

ROBERTO—Es cierto.

SARA—¿Se va por mucho tiempo?...

ROBERTO—Dependerá de muchas cosas. Pienso, por lo pronto, estar dos años.

SARA—¿Dos años?... ¡Pues ya va á pasear!...

ROBERTO—Tengo mucha necesidad de pasear, he trabajado mucho.

SARA—Me supongo. (Aparece Daniel por la derecha.)

ESCENA XII

DANIEL—(Entrando) Ché, Sara: Van á venir Paulina y Ramón á cenar. (Se dirije hacia el escritorio.)

SARA—¿Cómo sabes?...

DANIEL—Mandaron decir con un chico.

SARA—Está bueno. Bueno... (A Roberto) Con permiso, doctor. (Se dirije hacia la izquierda.)

ROBERTO—¡Como no, como no! (Mutis Sara por la izquierda; cierra la puerta. Daniel se sienta junto al escritorio, en el puesto que ocupa habitualmente.)

ESCENA XIII

DANIEL—¿Pasado mañana, entonces!...

ROBERTO—Pasado mañana.

DANIEL—Creí que te irías en silencio.

ROBERTO—Vengo á hablarte en serio por última vez.

DANIEL—¿La última vez?...

ROBERTO—Por última vez, en serio.

DANIEL—Si. Tú sabes que no me falta paciencia para escucharte...

ROBERTO—Supongo que te habrás acordado más de una vez de mí.

DANIEL—¿Por qué?...

ROBERTO—Y que sabrás como has quedado en todas partes...

DANIEL—¿Por qué...

ROBERTO—Que has quedado pésimamente...

DANIEL—Ya empiezas con el sermón eterno...

ROBERTO—Por lo de Quina...

DANIEL—¡Se la llevaron á Europa!

ROBERTO—Yo la ví... hablé con ella... Supo que yo era tu íntimo... y me contó su aflicción... ¡Tú le enviaste las cartas sin agregar una sóloa explicación!... ¡Pobre muchacha!...

DANIEL—... ¡Sin agregar una sola explicación!... Todo acabó con la devolución de las cartas.

ROBERTO—¡Estaba bastante desconsolada! ¡Qué linda! Te quería esa mujer... pero tú...

DANIEL—¿Y en dónde la viste?...

ROBERTO—Fuí á su casa como médico... á curarla... Después vino al consultorio...

DANIEL—(Con sorpresa) ¡Enferma!...

ROBERTO—Cefalalgias...

DANIEL—(Después de meditar un instante) Dime una cosa, Roberto.

ROBERTO—¿Qué?...

DANIEL—Te voy á concretar una pregunta que puede ser un disparate.

ROBERTO—Tú dirás...

DANIEL—Fíjate bien... ¿eh?...

ROBERTO—Vamos á ver.

DANIEL—¿Es posible que un hombre quiera á dos mujeres al propio tiempo?...

ROBERTO—¿Y esa pregunta?...

DANIEL—Tú, contesta. Dime: ¿es posible?...

ROBERTO—Y... se han dado casos de amor múltiple y contemporáneo.

DANIEL—¿Cómo?...

ROBERTO—Tú debes saber lo que se entiende por pluralidad afectiva.

DANIEL—Si, si... pero yo pregunto si se puede amar simultáneamente...

ROBERTO—Y bueno... el amor múltiple y contemporáneo, que es un caso de pluralidad afectiva... ¿Por qué me preguntas eso?...

DANIEL—Yo no sé... pero me parece... tal vez sea mentira... pero... me parece que yo quiero á Quina.

ROBERTO—(Sorprendido) ¿Ahora salimos con eso?...

DANIEL—Y también á Sara.

ROBERTO—¡¡¡Oh!!!

DANIEL—Sara predomina, predomina indudablemente, porque me hace sentir las palpitaciones de la verdadera vida, y está á mi lado y gozo sus caricias y me embarga, me embarga, no sé...

ROBERTO— Y Quina?

DANIEL—Yo no sé... Será una locura... pero será porque ahora se me presenta bajo el aspecto de una

prohibición. No sé, no sé... Me habla su ingenuidad, su misma inocencia... Porque los canallas son los que la rodean...

ROBERTO—¡Caramba!... ¡Música nueva!... Pero, dime una cosa, Daniel, dice una cosa: (Recalcando las palabras) ¿Por qué razón tú mismo trataste de precipitar los acontecimientos?... Yo no me explico...

DANIEL—(Saca una llave del bolsillo, abre con ella un cajón de un escritorio—de la izquierda—y saca un retrato que da á Roberto) Mírala... Ese es el único resto... No lo quise devolver. Es una belleza que habla desde el silencio. (Roberto mira el retrato) Yo creo, á pesar de todo, que hay algo, algo... algo muy ténue, pero algo que nos une.

ROBERTO—El recuerdo. (Le da el retrato.)

DANIEL—(Guardando el retrato) Tal vez.

ROBERTO—Bueno. Te ofrezco una idea.

DANIEL—¿Cuál?...

ROBERTO—Vámonos á Europa.

DANIEL—¿Con Sara?...

ROBERTO—¡No, hombre! (Con energía) Yo y tú; nada más. ¡Qué con Sara! (Daniel piensa con dolor en algo) ¡Pero, Daniel! Es necesario que te resuelvas, de una vez por todas, á dejar de ser niño. (Tratando de convencer con energía) Por ah ítodo el mundo se ríe de tí, de tus amores con esa... Es necesario que dejes de ser bueno, porque tú eres buno, y la bondad es una fábrica de infortunios... Y así, con esta vida no vas á ninguna parte, como no sea á la abyección.

DANIEL—No, no, no. Nadie sabe si camino hacia la verdad ó hacia la ayección. ¡Nadie sabe nada! Yo tengo la sinceridad de salirme de mi mismo, porque el hombre sincero se sale de sí mismo. En cambio otros, tú... por ejemplo... te escondes en tí mismo y por eso triunfas. Y además... (Se exalta) Yo no pido nada. (Gritando) Nada... á nadie... á nadie, porque los que se ríen de mi son unos canallas...

ROBERTO—¡No grites, hombre!

DANIEL—No; si no grito. Es que me exasperan algunas cosas.

ROBERTO—Mira, Daniel.

DANIEL—¿Qué?...

ROBERTO—Yo sé que las almas hondas, como la tuya, son capaces de experimentar horribles modificaciones... y esa mujer... acuérdate de lo que te voy á decir... no sé porque me parece que es un camaleón.

DANIEL—¡Qué esperanza! No digas eso, Roberto, por favor.

ROBERTO—¡Estás ciego, ciego! Te vuelvo á ofrecer el viaje. Vámonos. Atiéndeme. Por otra parte te conviene salir de este ambiente...

DANIEL—No, no, no. No me voy. ¡Qué esperanza! Dirían entonces que soy un canalla, que he dejado á esta pobre muchacha que, á pesar de todas tus suposiciones es una bondadosa, una abnegada, una inteligente compañera, que la he dejado por no afrontar la responsabilidad de un hijo...

ROBERTO—¿Un hijo?...

DANIEL—Sí; un hijo. Hace como un mes y medio me lo ha dicho.

ROBERTO—Pero... (Riéndose) ¿Tú crees?...

DANIEL—Bueno, bueno, bueno... Dirían que voy atrás de Quina.

ROBERTO—Pero... ¿no dices que crees quererla?...

DANIEL—Pero adoro á Sara, la adoro. Dirían... ¡qué se yo! Todo, todo lo que se les ocurriese...

ROBERTO—Ahora me toca á mí. De modo que te preocupa lo que dice la gente.

DANIEL—No, no, no; no es eso...

ROBERTO—Si; ya se lo que es. Tú desdeñas el convencionalismo social; pero... no haces lo mismo con ese convencionalismo propio que es peor... tal vez...

DANIEL—Por lo demás, te agradezco sinceramente. (Pausa) Voy á reducir mi vida; nos mudaremos á

otro departamento más barato, venderé los muebles y compraré otros más humildes, abriré un estudio y... ya verás como todo se arregla.

ROBERTO—Entonces... ¿no hay nada?...

DANIEL—No, no, no. Nada.

ROBERTO—(Levantándose) Ven á cenar conmigo.

DANIEL—No. Quédate tú. Va á venir el viejo Ramón...

ROBERTO—(Consultando el reloj) Bueno. Pero entonces voy hasta casa y vengo en seguida. Espérame. (Se dirije hacia el foro) Espérame, eh?...

DANIEL—Sí; trata de venir en seguida.

ROBERTO—Sii, sí. (Mutis Roberto por el foro.)

ESCENA XIV

DANIEL

(Daniel vuelve desde el escritorio. Aparace Manolo por el foro.)

ESCENA XV

MANOLO—(Entrando) Ya eché la carta, doctor.

DANIEL—Bueno.Dile á la negra que ponga un cubierto más. Mañana vas á la calle Esmeralda.

MANOLO—Está bien, doctor. (Se dirije hacia la izquierda. Al propio tiempo que va á hacer mutis por la izquierda, se abre esta puerta y entra Sara. Mutis Manolo por la izquierda. Cierra la puerta.)

ESCENA XVI

SARA y DANIEL

SARA—(Aproximándose á Daniel) Déjame darte un beso. (Sara le da un beso.)

DANIEL—Gracia, hija, gracias.

SARA—Bueno, Daniel. Es necesario que hablemos como dos buenos amigos.

DANIEL—(Quiere dar un beso á Sara.)

SARA—(Quitando el rostro) Despus... después... (Se dirijen hacia la "chaisse-longue.)

SARA—Bueno. (Se sienta.)

DANIEL—(Sentándose) Hablemos. Dame un beso.

SARA—(Dándole el beso) Bueno. ¿Me vas á escuchar con tención!

DANIEL—Con unción.

SARA—Tú, Daniel, no conoces la vida. Eres un niño; tu bondad es inmensa, pero todo lo que te sobra de bueno, de inteligente y de amable, te falta de sentido práctico.

DANIEL—(Extrañado) ¿Por qué dices eso?...

SARA—Te suplico que me escuches dos minutos siquiera, con calma, bien sereno...

DANIEL—Oigo.

SARA—(Después de meditar) ¿Tú sabes quién soy yo?

DANIEL—¡Oh, si! Una santa mujer á quien amo sobre todas las cosas.

SARA—Gracias. Pero... vamos á dejar de lado esas cosas... Yo... he sufrido mucho, mucho. Eso no sería nada si por un designio fatal, algo que no comprendo, superior á mi voluntad, no dejara la desgracia tras de mí. Me casé muy joven, como tú sabes, muy joven. La casualidad quiso que mi marido fuese el primero en hacerme sufrir. ¡Un bruto, un canalla, algo tan bajo, tan vil, que... todavía... á su simple recuerdo... me lleno de asco. He tenido uno que otro amante. Todos, todos, sin excepción, hombres sin corazón y sin conciencia, á quienes más de una vez me permití dar lecciones de moral. ¡Viejos imbéciles, corrompidos hasta la médula de los huesoso,... jóvenes!... Uno de ellos tuvo la ocurrencia de llevarme á las tablas. ¡Y fuí artista!.. Y el arte... yo no sé... (Señalando el pecho) hay algo aquí... algo, algo... algo tan indefinible que yo no puede explicar... una especie de llama, de no sé... que melleva hacia él, que me enloquece...

DANIEL—(Quiere besarla.)

SARA—(Con precipitación) No, no, no, no. No me beses todavía... después, después, después... Oyeme lo que te voy á decir; es necesario que lo oigas bien.

Tú lo encuentras mal ahora. Tu posición es mala tal vez. ¡Te han aislado!... ¡Te han aislado! Si yo fuese una mujer vulgar, una de tantas, no comprendería tu caso. Pero yo... yo no. Por que yo te quiero... yo te quiero... es preciso que lo sepas. (Afirmando intensamente) ¡Yo te quiero mucho!

DANIEL—Lo sé.

SARA—Pero mucho, mucho.

DANIEL— Mucho?...

SARA—Mucho, si, mucho. Sobre todo yo sé que por mi te has sacrificado y basta.

DANIEL—¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias! (Le besa las manos.)

SARA—Tú no quieres pedir un empleo...

DANIEL—¡Oh, no!

SARA—¡Prefieres prepararte una posición independiente!... ¡trabajando!...

DANIEL—Es claro, es claro.

SARA—Trataras de reducir tu vida, te mudarás á un departamento más barato, venderás los muebles para adquirir otros más humildes y otras cosas más útiles... ¿nó?

DANIEL—Sí; es claro.

SARA—Pues bien. Yo, en ese caso, te sería un gravamen innjusto.

DANIEL—No, no... ¿qué dices?...

SARA—Escúchame, hazme el favor de escucharme... después hablarás... Yo no quiero que tú cargues con el angustioso fardo del sacrificio total. (Daniel está ansioso) Yo también quiero sacrificarme... (Prepara un sollozo. Habla tiernamente.)

DANIEL—No. (Con seguridad) ¿Cómo?... No, no. De ninguna manera.

SARA—Sí, sí, sí. Es necesario. Es fatal. Es sensato. Yo me impongo el sacrificio de una separación. (Estalla el sollozo.)

DANIEL—No... no faltaba más.

SARA—(Con honda ternura) Sí, sí, sí. Yo te sería un estorbo. Labraría de otro modo tu desgracia... lle-

naría de infortunios tu vida de hombre joven y sincero... nublaría tu porvenir. A mi me duele, me duele tanto como á tí... (Ambos sollozan) Me duele más que á tí... Yo te veré de vez en cuando... seguiremos amándonos siempre...

DANIEL—(Con resolución) Suponiendo que tú fueras mi desgracia, que tú me mataras.. no, no y no.. No es posible. ¡Me amas! ¡Yo lo comprendo, lo palpo, lo veo! (Se le arrodilla.) (Con ternura) Pero no... dime que no... que seguirás siendo mía, que vendrás á vivir conmigo, que me velarás esta tristeza y (Con fuerza) esta rabia que guardo en mi corazón... ¡Eres demasiado noble, demasiado buena! Desecha esa idea... Ven conmigo. No me importa nada de nada sin tí... ¡¡¡Que rabien ellos!!! (Rápidamente y emocionalmente) Tú serás mi alegría, mi encanto, mi dolor... pero serás tú.

SARA—Es necesario, es necesario.

DANIEL—No, no, no... No quiero, no quiero.

SARA—(Cambiando el gesto y afirmando énérgicamente el tono) ¡Es que estoy resuelta!

DANIEL—¿Resuelta á qué?...

SARA—A eso, á eso.

DANIEL—No, no es posible.

SARA—Si, si; es posible.

DANIEL—(Se levanta abrumado por el dolor) Pero... entonces... ¿no me quieres?... (Con asombro.)

SARA—Te quiero, sí... pero... la vida...

DANIEL—¿Qué?...

SARA—...la vida... es así... Yo tengo necesidad de separarme.

DANIEL—Pero... ¿estás loca?...

SARA—No sé... (Se va hacia la izquierda.)

DANIEL—(Siguiéndola) ¿Dónde vas?...

SARA—Me voy... (Daniel la coje del brazo.)

DANIEL—(Como un loco) ¿A dónde, á dónde?... Pe? ro... entonces... tú eres una ramera!

SARA—No me insultes, no me insultes... (Se desprende. Quiere dirijirse hacia la izquierda.)

DANIEL—¿A dónde vas?... (La coje nuevamente).

SARA—¡Qué también! (Con desprecio) Yo pertenezco á la vida, al mundo, donde me paguen! (Fuerte.)

DANIEL—¿Qué?...

SARA—Donde me paguen... sí, donde me paguen!... (Daniel le pega una cachetada.)

DANIEL—¡Miserable!... (Permanece un instante en inminencia de ánimo.)

SARA—(Furiosa) ¡Pegarme! ¡Pegarme á mí! ¡Canalla! Tú eres un imbécil, sí, un imbécil... Yo nunca te he querido... tú me has convenido nomás... Yo he querido á Héctor... siempre he sido suya y seré su... (Daniel, expresando un gesto brutal, coje precipitadamente á Sara del cuello.)

SARA—(Sofocada) ¡Sal, sal!...

DANIEL—Así... así... (Caen al suelo luchando, Daniel sobre Sara.)

SARA—(Gritando) ¡Que me ma!... (Aparece Ramón y Paulina.)

ESCENA ÚLTIMA

DANIEL, SARA, RAMÓN, PAULINA

(Ramón corre precipitadamente sobre Daniel, trata de sacarlo de encima. Paulina se asusta.)

RAMÓN—No, no... ¡bárbaro!... (Llamando) ¡Paulina, Paulina!... (Al llegar Paulina al grupo, Ramón logra arrancar á Daniel y lo levanta. Sara se empieza á levantar con un gran esfuerzo.

SARA—(Quebrando un sollozo) ¡Canalla!

DANIEL—Sí. (Quiere atropellarla nuevamente. Ramón se lo impide. Paulina ayuda á Sara á levantarse. Daniel va hacia la izquierda rugiendo intensos sollozos.)

Telón rápido